Luis Gabaldón y Enrique F. Gutiérrez-Roig

MAMÁ ES ASÍ

COMEDIA en tres actos de
GERMAIN y MONCOUSIN

VERSIÓN CASTELLANA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24
1925

Para el señor Casal
con toda consideración
y simpatía

[illegible]

MAMA ES ASÍ

Este ejemplar, impreso exclusivamente para el servicio de los Teatros, se vende al precio de TRES pesetas.

MAMÁ ES ASÍ

COMEDIA en tres actos de
GERMAIN y MONCOUSIN
Versión castellana de

Luis Gabaldón y Enrique F. Gutiérrez-Roig

Estrenada con gran éxito
en el Teatro FONTALBA,
de Madrid, el día 14 de Enero
de 1925.



MADRID
IMPRENTA DE L. RUBIO
CALLE DE LAS AGUAS, 11 DUPLICADO
1925

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DELFINA....................	María Gámez.
LUISA	Josefina Tapias.
HORTENSIA..................	Blanca Jiménez.
JUANITA	Concha Castañeda.
JULIETA......................	Anita Caruana.
EL CONDE DE ESTRAN.....	Alberto Romea.
PONCHON....................	L. Ruíz Tatay.
ROBERTO....................	Luis Peña.
UN PORTERO	Ceferino Barragón.
VERNON	Nicolás Rodríguez.
MAREL	Antonio Pino.
UN CAMARERO	J. Alguacil.

La acción del primer acto en Paris, la del segundo y tercero en Dieppe.

Epoca actual.

Derecha e izquierda las del espectador.



ACTO PRIMERO

Salón muy elegante en casa de DELFINA. Puerta grande en el foro. A la izquierda, puerta, y a la derecha, en segundo término, otra puerta. Sobre una mesa, un teléfono.

ESCENA PRIMERA

LUISA y luego PONCHON

LUISA — *(En el teléfono.)* Central... Wagran 295. *(Pausa.)* ¿Es usted Roberto?... Si, soy yo, Luisa... Estoy muy alarmada. Mamá se fué anoche de baile. Son las nueve de la mañana y aún no ha venido. ¿Muy raro, verdad? Es espantoso... Eso es, sí... Ya que usted es tan amable, cuando vuelva de acompañar a su tío a la estación, haga el favor de pasarse por la Comisaría... Seguramente debe haberle ocurrido algo desagradable a mamá... Gracias... Venga a verme en cuanto tenga usted alguna noticia... Eso es... Hasta luego. *(Cuelga el receptor y mira el reloj.)* ¡Las nueve y cuar-

to! Indudablemente, le ha ocurrido algo desagradable a mamá.

PONCHON (*Entrando por el foro.*) Buenos días, Luisa.

LUISA (*Yendo hacia él.*) Buenos días, padrino. Gracias, por haber venido en seguida.

PONCHON (*Un poco fatigado.*) ¡Figúrate! Tu doncella me ha dicho que estabas alarmada por culpa de tu madre, y yo, sin esperar a más, tomé un auto y aquí me tienes. Vamos a ver, ¿qué ocurre? ¿Delfina está enferma?

LUISA ¡Si fuera eso!... Es que ignoro dónde se encuentra a estas horas.

PONCHON (*Estallando.*) Ya. ¿No ha vuelto a casa desde anoche?

LUISA No, señor.

PONCHON ¿Y eso es todo? (*Respirando fuerte.*) Respiro. ¡Qué mal rato me has hecho pasar!

LUISA ¿Cómo? ¿A usted no le parece eso terrible?

PONCHON Si se tratara de otra persona, sí había serios motivos para alarmarse; pero tratándose de tu madre...

LUISA No se burle usted. Yo estoy angustiadísima.

PONCHON Haces mal, monina. De verdad que haces mal en preocuparte de ese modo. ¿Sabes lo que le ha debido ocurrir a tu madre? Pues que, terminada la fiesta, acabado el baile, se habrá ido a desayunar al campo en compañía de algunos invitados. ¡Son tan deliciosas las mañanas ahora! Ya sabes que ésta no sería la primera vez.

LUISA Claro que no; pero siempre ha vuelto a casa a una hora discreta.

PONCHON Pues debe corregirse de esas genialidades, porque si se acostumbra a ellas vamos a estar todos los días con la misma canción.

LUISA Calumnia usted a mamá.

PONCHON No, hija mía, no; es que comienzo a conocerla. Tú no llevas más que un año ocupándote del gobierno de la casa y no has

podido darte cuenta todavía de cómo es tu madre; pero yo, que soy tutor tuyo y que desde la muerte de tu padre no he dejado un día de veros, estoy muy hecho a todas sus extravagancias. Por eso antes de inquietarme me informo.

LUISA Usted dirá lo que guste; pero lo de hoy es algo inexplicable.

PONCHON *(Casi interrumpiendo.)* Que tu madre nos lo hará ver como la cosa más natural del mundo. Cuando menos lo esperes, aparecerá con la sonrisa en los labios y sin haberse preocupado ni por un momento de lo que pudieras haber sufrido por su culpa. *(Suena el timbre.)* ¿No lo decía yo? Ahí la tienes. Es su modo de llamar.

LUISA *(Palideciendo.)* ¡Dios mío! ¿Creerá usted que estoy temblando?

PONCHON *(Muy tranquilo.)* Tranquilízate, chiquilla... *(Va hacia el fondo.)* y escucha. *(Dentro se oye la risa de Delfina.)* Ahí está, en el recibimiento, riendo como una loca con Julieta.

LUISA ¡Y a mí casi saltándoseme las lágrimas!

PONCHON Pues no hay que enternecerse. Al contrario, mostrémonos severos. Que ella comprenda, por nuestra actitud, que esta vez no tiene disculpa.

LUISA Esté usted tranquilo. Va usted a ver.

ESCENA II

DICHOS y DELFINA

DELFINA *(A Julieta, que está en el pasillo.)* Eso es. Mi baño, dentro de un cuarto de hora. Tibia el agua nada más, ¿eh? *(Entra en traje de baile. Reparando en Luisa.)* ¿Estás aquí, Luisa? Nenita mía.

LUISA (*Dudando un segundo, y después bruscamente se abraza a su cuello en una alegría loca.*) ¡Mamá! ¡Tú! ¡Al fin!

DELFINA Yo. Claro está. ¿Pero qué te pasa, amor mío? Estás emocionada, nerviosa.

PONCHON (*Sin volverse.*) Hay que confesar que tiene motivos para ello.

DELFINA (*Reparando en él.*) ¡Ah! ¿Pero estaba usted ahí? Entonces, ya no me extraña. Usted es el que ha soliviantado a la niña, llevando a su cabecita Dios sabe qué ideas.

LUISA No, mamá. Eres injusta. Ponchon, lejos de eso, sólo ha procurado tranquilizarme. Soy yo la que me asusté al despertar y advertir que desde anoche no habías vuelto a casa. Temía que te hubiera ocurrido algún accidente, y en seguida envié recado a Ponchon para que viniera a casa y encargué a Roberto que se pasase por la Comisaría.

DELFINA ¿Y por qué no por la Prefectura de Policía, para ver si estaba entre los objetos extraviados? Comprenderás que todo esto es algo inaudito. ¡Como si yo fuera una criatura de doce años, y no supiera cómo debo comportarme!

PONCHON ¡Ah, sí, comportarse... comportarse muy mal!

DELFINA Sois imposibles. ¿No sabíais que estaba en el baile y que a mí me entusiasma el bailar?

LUISA Pero mamaíta, ¡si son cerca de las diez de la mañana!

DELFINA Bien; ¿y eso qué prueba? Que la reunión se prolongó un poco. En fin, porque una vez, circunstancialmente, he llegado a mi casa al mismo tiempo que usted...

PONCHON ¡Pero es que yo me acabo de despertar!...

DELFINA ¡Y yo también!...

LUISA (*Avergonzada.*) ¡Mamá!

PONCHON Dice usted unas cosas...

DELFINA ¿Qué? ¿Qué es lo que he dicho? Es decir, ¿qué es lo que ustedes han supuesto? Pa-

labra de honor que me intimidan interpretando todas mis palabras en sentido desfavorable. Luisa, amorcito mío, ven aquí. *(Cogiéndola de la mano y llevándola hacia la derecha.)* Voy a contarte lo que ha pasado; pero a tí, a tí sola. Dejemos a ese viejo rinoceronte gruñendo a su gusto en un rincón.

PONCHON — ¡Rinoceronte! ¿No podría usted elegir un animal más aceptable?

LUISA — Mamaíta, teniéndote a mi lado ya estoy contenta. No quiero saber nada.

DELFINA — Pero yo quiero contártelo todo para que en tu cabecita no quede ni la más leve sombra de una sospecha. Hablemos seriamente, ¿quieres? *(Con aire voluble.)* ¡Ay! No puedes figurarte lo que me he divertido esta noche. Ha sido el baile más animado de mi vida. ¡Cuánta gente! ¡Qué alegría! No he dejado de bailar ni una sola vez. He rendido a todas mis parejas.

PONCHON — Eso sí, no me cuesta ningún trabajo creerlo.

DELFINA — Hemos estado bailando hasta las cinco de la mañana. A esa hora yo quise volver a casa, puedes creerlo; pero el continuado ejercicio me había abierto el apetito, y no sé quién propuso que fuéramos a desayunarnos, porque todos, igual que yo, teníamos el estómago en los talones. Me convencieron y nos trasladamos al café de París.

PONCHON — *(Triunfante.)* ¿Eh? ¿Qué decía yo?

DELFINA — Usted a callarse, que nadie le pregunta los años que tiene, lo que sería ponerle en un compromiso. Sigo, hijita. Comimos con la mayor corrección, como gente *chic* que somos, pero yo cometí la tontería de beber champán, y es curioso: Este vino, que anima y alegra a todo el mundo, a mí me deprime, me deja sin fuerzas. Sentí una laxitud... Pasé a un gabinete contiguo para reposar un instante y me quedé dormida

estúpidamente hasta hace media hora.

PONCHON ¿Pero es posible?

DELFINA Esperad, que aún hay algo más divertido. Al despertar me encontré en presencia de un señor muy elegante, pero absolutamente desconocido para mí, que me dijo sonriendo, con la mayor galantería del mundo: «Señora, con todo mi respeto, la diré que todavía es usted más guapa despierta que dormida.» No sabes, hija mía, lo que me reí.

PONCHON Y había motivo. Otra persona más que habrá formado de usted una bonita opinión.

DELFINA No me la ha comunicado.

LUISA Pero y tus amigos, ¿dónde estaban?

DELFINA Sin duda, se habrían marchado, porque no ví a ninguno. ¡Ah! Te juro que Marel tendrá que oirme.

LUISA ¿Y has venido sola?

DELFINA No. El señor de que os hablo, puso a mi disposición un auto y me ha traído aquí... Le dí las gracias y... nada más. Por cierto que se me olvidó preguntarle cómo se llamaba. Habréis visto que, en el fondo, todo lo sucedido no tiene nada de particular.

PONCHON Eso le parecerá a usted.

DELFINA ¡Ah! ¿A usted no?

PONCHON A mí, eso me parece escandaloso.

DELFINA ¿Es escandaloso ir a comer cuando se tienen ganas y dormir cuando se tiene sueño?

PONCHON *(Encogiéndose de hombros.)* ¡Es incorregible!

LUISA Vamos, mamá. De todos modos, hay que reconocer...

DELFINA ¿Tú también? Naturalmente. Tú y tu padrino vivís todavía en la época de Luis Felipe. En usted, no me choca, porque es su época...

PONCHON Permítame...

DELFINA O casi, casi. Pero en Luisa... Cuando pienso que yo, que soy la alegría en persona,

tengo una hija que se me parece tan poco... *(Mirándola y sonriendo.)* ... y eso que es bonita como un lucero. Mírela usted qué bonita está hoy. *(La besa.)* ¡Y pensar que con semejante cara, a esta chiquilla le cuesta trabajo reirse! Te aseguro que si tú vivieras aquí sola, esta casa parecería un panteón.

LUISA — Pero como tú vives en ella, todo es alegría.

DELFINA — Afortunadamente.

PONCHON — Para usted sobre todo.

DELFINA — Por última vez, ¿qué mal hago yo en ser como soy?

PONCHON — Voy a decírselo, mi querida Delfina...

DELFINA — *(Interrumpiendo.)* ¿Va a ser muy largo?

PONCHON — Eso...

DELFINA — Porque si va a ser largo... esperaré. Antes de mi llegada, ya tenía usted preparado el sermón, que a todo trance quiere colocarme; pero como yo estoy muy bien educada y tengo muy buen carácter, estoy dispuesta a oirlo hasta el final.

PONCHON — Entonces...

DELFINA — *(Cortándole la palabra.)* Ahora que no me parece propio oirle vestida así como estoy, en traje de baile, y con su permiso, voy un momento a mis habitaciones para bañarme y cambiar de vestido. Dentro de diez minutos volveré, y aguantaré la plática con la mayor paciencia. Hasta ahora mismo, hijos míos. *(Mutis, por la izquierda, tarareando.)*

ESCENA III

LUISA y PONCHON

PONCHON — ¿Qué dices a esto, Luisa?

LUISA — Digo que estoy muy contenta de que no

le haya ocurrido nada desagradable a mamá.

PONCHON Está bien. ¿Me abandonas? ¡Muy bonito! Ya no falta más que tú, como tu madre, me encuentres ridículo y me digas que vivo todavía en la época de Luis Felipe. ¿Y por qué no en la de Robespierre? ¿Cómo? ¿Te ríes?

LUISA Perdón, padrino; pero mi alegría en este momento se sobrepone a todo enojo. Hará cinco minutos, usted alardeaba de conocer bien a mi madre, y añadía que todo lo que hace no le causa a usted la menor emoción. Y, sin embargo, este incidente sin importancia lo ha tomado usted en trágico.

PONCHON ¿Y tú como lo tomas?... Eres una madre culpable por dejar a tu hija... ¿Pero qué estoy diciendo? Y es que aquí, en esta casa, se trastorna uno. Los papeles están invertidos. Tú eres aquí la seria, y... en fin, desde el momento que tú apruebas la conducta de tu madre, no hablemos más.

LUISA ¡Pero Ponchon, si yo no la apruebo! Sólo que me doy cuenta de que mamá es así, de que mamá es incorregible; pero es tan encantadora, tan deliciosamente inconsciente, que no hay modo de enfadarse con ella.

PONCHON *(Dando un suspiro.)* ¿A quién se lo dices? Tu madre tiene un encanto, al que nadie puede resistirse. *(Corrigiéndose.)* Y ésta es razón de más para defendernos de su fascinación, ¡qué diablo! Pongámosle, al menos, una cara seria, severa, y quizá nuestra actitud le imponga un poco.

LUISA ¿Y para qué? Si nos desarma en el acto con una sonrisa.

PONCHON Pues a mí no. Esta vez estoy seriamente enfadado, y si me apuras te diré que estoy harto de vivir así, inquieto, alarmado por sus constantes caprichos. *(Entra Julieta*

con unas cajas.) ¿Ves? ¿No te lo acabo de decir?

JULIETA Señorita, traen unos vestidos y unos sombreros para la señora.

LUISA Déjelo usted ahí, Julieta.

JULIETA Esperan para cobrar las facturas. *(Dándoselas.)*

LUISA Dígale que ya pasaré yo a pagar mañana por la mañana.

JULIETA Está bien, señorita. *(Mutis.)*

PONCHON ¿Cúanto es?

LUISA *(Un poco abatida.)* Cinco mil...

PONCHON ¡Una tontería! Y no tendrás dinero, naturalmente.

LUISA No. Hemos tenido muchos gastos estos días, y me queda muy poco de lo que me dió usted la última vez.

PONCHON Claro. A pesar de tu buen orden, de tu economía, no puedes hacer milagros. Trae. Yo mismo iré a pagar las facturas.

LUISA ¡Qué bueno es usted, padrino, y qué agradecida le estoy!

PONCHON ¿Por qué? ¿Porque administro con un poco de suerte el dinero que tienes en mi casa? Es mi deber como tutor y como amigo. Sólo que con tu madre hay que tener cuidado. Como le dejemos gastar, vuestra ruina es segura. Ella, de su dinero, puede hacer lo que quiera; pero el tuyo, yo no permito que se malgaste, porque es tu dote y mi obligación es entregártela intacta el día que te cases.

LUISA Ya sabe usted que yo no me casaré más que con un hombre que me quiera por mis cualidades personales, y no por mi dinero.

PONCHON Tú eres lo bastante linda, buena e inteligente, para que te quieran por tí misma, aunque una bonita fortuna no está de más, sino para los ojos de tu prometido, para los de su familia, porque no olvides que tienen que soportar a tu madre.

LUISA — *(Con reproche.)* ¡Padrino!...

PONCHON — Sí, ya lo sé. Para nosotros es deliciosa; pero para los demás, sus ligerezas pueden ser objeto de murmuraciones. Piensa que tu madre no se recata de tratar a ciertas personas con las que no debía tener ninguna relación, entre ellas a Hortensia Pidol, mujer de equívoca conducta, que explota el corazón generoso de tu madre. Nada te quiero decir de esa pequeña corte de muchachos que le rodea y que pueden comprometerla, porque, la verdad, no son nada recomendables.

LUISA — *(Seriamente.)* Exagera usted un poco, padrino. Roberto es un buen muchacho.

PONCHON — ¿El sobrino del Conde de Estrán? Sí, tienes razón; ese es el único. Es un chico simpático.

LUISA — Simpatiquísimo. Y muy serio, no me lo negará usted. No será él, no, quien dé un mal consejo a mamá. Y si anoche hubiera estado con ella, mamá habría vuelto a casa después del baile, en lugar de marcharse a comer con los demás.

PONCHON — *(Mirándola fijamente.)* ¡Ah! ¿Tú crees?

LUISA — Estoy segura de ello. Pero él se fué a dormir muy pronto, porque esta mañana tenía que levantarse temprano para acompañar a su tío a la estación. Es su único pariente y es muy rico. Por eso Roberto extrema sus cuidados con él, ¿usted comprende?

PONCHON — ¿Que si comprendo? Lo que me parece es que estás muy al corriente de todo lo que hace ese joven.

LUISA — *(Bajando la cabeza.)* ¡Padrinito!...

PONCHON — ¿Es que te interesa ese muchacho?

LUISA — *(Sonriendo.)* Sí, señor...

PONCHON — *(Con firmeza.)* Entonces, si él se da cuenta de que te gusta a tí, que ya se la habrá dado, y tú al mismo tiempo llegaste a interesarle, ¿crees tú que esas relaciones, por

su parte, se formalizarán?

LUISA — Ya casi lo están; ¿para qué ocultárselo a usted? *(Tímidamente.)*

PONCHON — ¡Hum! Con razón sospechaba yo. Y, la verdad, me satisface lo que me dices. Es un excelente partido. Guapo, de ilustre nombre, con gran fortuna. ¡Admirable! Ahora sólo falta que tu madre no lo eche todo a rodar. Es absolutamente preciso que yo hable con ella para que me prometa abandonar esa vida de polichinela que lleva.

LUISA — Trabajillo le va a costar a usted.

PONCHON — ¡Quién sabe! Con astucia...

LUISA — Cuidado, que mamá es muy perspicaz.

PONCHON — Sí; pero yo soy un viejo ladino. Déjalo todo de mi cuenta, que tengo una idea, y esta vez, a pesar de la sagacidad de tu madre, me parece que caerá en el lazo. Ni una palabra, que aquí viene.

ESCENA IV

DICHOS y DELFINA

DELFINA — *(Entrando por la izquierda luciendo un elegante deshabillé.)* No hay nada tan agradable como una ducha fría. *(Reparando en las cajas.)* ¡Ah! ¿Han traído mis encargos?

PONCHON — Sí, y con ellos la cuenta. *(Dándole las facturas.)* Tome.

DELFINA — *(Rechazándolas.)* ¿Qué quiere usted que haga yo con eso? Ya sabe usted que es Luisa la encargada de esas cosas. Hija mía, hay un sombrerito modelo campana que es una maravilla. *(Sacando un sombrero y poniéndoselo.)* ¿Eh? Mírame. ¿Es elegante?

LUISA — *(Con admiración.)* Elegantísimo.

DELFINA ¿Verdad que sí? Y muy barato.

PONCHON ¡Quinientos francos!

DELFINA ¿Qué te decía yo? Regalado.

PONCHON Con ese dinero tengo yo para diez sombreros.

DELFINA ¡Oh, qué estúpidos son los hombres! Anda, Luisa, llévate todo eso a mi cuarto, ¿quieres? y déjanos solos. He prometido escuchar un sermón y ya me tiene usted dispuesta.

LUISA No te compadezco, ¿sabes?

DELFINA Egoísta. Abrázame al menos para darme ánimos. *(Luisa la besa y se va por la izquierda. Al marcharse, Delfina la despide cariñosamente con la mano.)* Y ahora, señor de Torquemada, he aquí a su víctima, dócil y resignada a todo. *(Se arrellana cómodamente en una butaca.)*

ESCENA V

DELFINA, PONCHON y luego JULIETA

PONCHON Delfina, usted espera, sin duda, una escena de reconvenciones, fiscalizadora y severa. Pues bien; necesito de toda su indulgencia, porque no tengo valor para mostrarme implacable ante usted.

DELFINA *(Asombrada.)* ¡Ah!

PONCHON Sí. Tiene usted delante a un gran culpable, casi un criminal.

DELFINA ¿Pero qué me cuenta usted, Ponchon? Eso será una broma.

PONCHON No, mi querida amiga. Es la triste verdad. Desde la muerte de su esposo, yo vengo administrando los intereses de usted y de su hija. Usted tenía en mí una gran confianza, ciega, absoluta; pues bien; estoy persuadido de que desde hace algún tiempo no soy merecedor de ella.

DELFINA — ¿Es que me ha hecho usted perder dinero?

PONCHON — No, no. Al contrario; el dinero está bien colocado, sin ningún riesgo, pero pequé por debilidad. La he dejado a usted a rienda suelta, he cedido fácilmente a sus caprichos, a veces demasiado costosos. En una palabra, que su situación está lejos de ser próspera.

DELFINA — *(Súbitamente inquieta.)* ¿Qué? ¿Acaso estoy arruinada?

PONCHON — No, no hay que exagerar. Le queda a usted para vivir desahogadamente; pero es preciso que usted se limite a gastar su renta sin tocar a la de Luisa.

DELFINA — ¡Pero usted está loco, Ponchon! ¡A quién se le ocurre! Yo quiero mucho a mi pobrecita Luisa, yo la adoro, y, además, la respeto infinitamente. Tan juiciosa, tan seria. Es como una mamá para mí, como una madrecita que me ha nacido cuando yo ya era mayor. ¿Tocar a su dinero? Eso no me lo perdonaría nunca.

PONCHON — Pues entonces, tiene usted que reducir mucho sus gastos, limitándolos todo lo posible.

DELFINA — ¿Y por qué no me ha dicho usted eso antes? Cuando hace falta yo soy muy razonable. Y para comenzar voy a devolver todos esos trajes que me había encargado para mi veraneo en Dieppe. *(Hace ademán de levantarse.)*

PONCHON — No sea usted tan impulsiva. Ahí hay cosas muy bonitas que le sientan a usted muy bien. Esa misma campana con la que dará usted el golpe este verano.

DELFINA — Sí; pero el precio acaso sea un poco...

PONCHON — ¡Bah! ¿Quinientos francos? Es regalado.

DELFINA — ¿Pero no decía usted hace un momento?...

PONCHON — Hace un momento, bromeaba. Además, ¿qué sombrero más a propósito que ese iba usted a encontrar para la playa?

DELFINA — Es que acaso fuera más prudente no ir a

Dieppe este verano. La vida allí es tan cara...

PONCHON — Pero el aire del mar le es a usted tan necesario como a Luisa. Bien miradas las cosas, esto pertenece todavía al pasado. Del porvenir es de lo que hay que preocuparse.

DELFINA — Está bien. Como usted quiera. Yo me creía muy rica y me parecía que no me compraba más que lo necesario. Y la verdad es que no se me alcanza en qué puedo hacer economías.

PONCHON — Pues, por lo pronto, en muchos gastos que no son exclusivamente personales, y que gravan su renta considerablemente. Los tes de las tardes, las partidas de «pocker» y de «bridge», la vida de los *dancings*, las recepciones que usted da, las constantes peticiones de dinero de su amiga Hortensia, que es una sanguijuela para usted y no muy buena persona, por cierto. Si se mordiera la lengua alguna vez, ella misma se envenenaría.

DELFINA — ¡Ponchon, que es una compañera mía de la infancia!... ¡Que la conozco desde que era así de pequeñita! *(Señalando.)*

PONCHON — Desde entonces ha crecido mucho y ha cambiado más. Nada le autoriza para que acuda siempre a usted con peticiones de dinero, cosa que hay que cortar de raíz.

DELFINA — Sí, sí; comprendo que tiene razón en esto y en todo lo que me dice. Y no hay remedio, me va a costar mucho trabajo; pero como usted asegura que estas liberalidades mías pueden redundar en perjuicio de Luisa...

PONCHON — Evidentemente. Sin embargo. *(Pausa.)* Habría un medio de conciliarlo todo.

DELFINA — *(Poniéndose en pie.)* ¿Tiene usted un medio de conciliarlo todo y se lo tenía usted tan callado?

PONCHON — Es que no sé si será de su gusto.

DELFINA — Tratándose de la felicidad de mi hija, es-

toy dispuesta a todos los sacrificios. Vamos a ver, ¿qué es ello?

PONCHON Un matrimonio, Delfina.

DELFINA *(Sorprendida.)* ¿Un matrimonio? ¿Y por qué no? me parece una excelente idea. Claro que un marido rico.

PONCHON ¿Aprueba usted mi proyecto?

DELFINA ¡Phts!... Sin gran entusiasmo, puede usted creerme. Eso cambiará de tal modo mi vida... además, separarme de mi hija...

PONCHON No es preciso.

DELFINA Claro que no; pero ya habría alguien entre nosotros, alguien que tendría ciertos derechos... en fin, no importa, puesto que es necesario.

PONCHON *(Frotándose las manos.)* ¡Vaya, pues entonces sólo nos resta el encontrar la víctima!

DELFINA Eso es la cosa más fácil del mundo. En mi casa no han entrado nunca más que muchachos de posición, y para hallar el marido rico que nosotros buscamos, no hay más que elegir entre los que aquí vienen.

PONCHON Piense usted que esa elección debe ser, ante todo, a gusto de Luisa.

DELFINA Naturalmente. Yo me coloco al margen, yo desaparezco, en fin, yo pasaré por lo que ella quiera. Y no perdamos tiempo. ¿Qué le parece a usted Marel?

PONCHON ¿Quién? ¿Ese fátuo? De nninguna manera. El, Vernon y todos los zascandiles que tiene usted siempre a la zaga, no nos sirven para el caso. Además, Luisa...

DELFINA Bueno, bueno, no insisto. ¿Y el sobrino del Conde?

PONCHON Ese... es otra cosa. Creo que Luisa no pondría reparo alguno.

DELFINA ¡Pues vaya por Roberto! Es el primero que se me ha venido a la memoria, y la verdad, me agrada ese muchacho.

PONCHON Creo que a él tampoco le parecería mal.

DELFINA Seguramente.

PONCHON ¡Ah! ¿Es que ya ha notado usted alguna inclinación?

DELFINA ¡Claro que sí! Yo tengo tan buena vista como usted.

PONCHON Precisamente va a venir dentro de un momento.

DELFINA Pues le hablaré. Déjeme hacer a mí y todo marchará sobre ruedas.

PONCHON Un momento. No olvide usted que él depende absolutamente de su tío, que es un aristócrata de raza y extremadamente rígido en todas las cuestiones de etiqueta. Por lo tanto, tiene usted que prometerme el mayor juicio en todo. Nada de coqueteos, noquitos bailes y, en fin, las menos tonterías posibles, por lo menos hasta el día de la boda. Después...

DELFINA Después, tampoco. Estoy decidida a tomar mi nuevo papel absolutamente en serio. Se lo juro.

PONCHON ¿De veras? Su buen propósito me indemniza de muchas cosas.

DELFINA ¿Verdad que sí? Más dócil, imposible. En el fondo, yo no soy mala.

PONCHON Tiene usted un corazón excelente. La cabeza es lo deplorable.

DELFINA ¿Usted cree? *(Sonriendo.)* Sin embargo, no lo es tanto como parece. ¿Usted se ha fijado bien?

PONCHON Bonita, sí es bonita esa cabeza; pero no tiene nada dentro.

DELFINA ¿Cómo que no? Algunas veces tiene muy buenas ideas, sobre todo cuando hay apuntador. Además, cabe en ella el deseo sincero de complacerle. Ya sabe usted, mi buen Ponchon, que yo le quiero mucho. Y usted también, a pesar de todos los defectos que tengo, me parece que también me quiere un poco.

PONCHON *(Inclinándose sobre su mano, que besa para ocultar su emoción.)* Sí, un poco. *(En*

este momento, Julieta entra por la puerta del foro.)

JULIETA Señorita...

DELFINA ¿Qué quieres?

JULIETA La señorita Hortensia acaba de llegar y quiere hablar con la señora.

DELFINA Voy. Oye, Julieta, ¿el señorito Roberto no ha venido?

JULIETA Sí, señora; el señorito Roberto está hablando con la señorita Luisa.

DELFINA Bueno, pues dígale que cuando acabe de hablar con ella, pase aquí, porque tengo que decirle una cosa importante.

JULIETA Está bien, señora. *(Mutis.)*

DELFINA Ya lo ha oído usted, Ponchon. Hortensia está aquí.

PONCHON Sí, sí, la dejo a usted. *(Va hasta la puerta.)*

DELFINA ¿Es que?...

PONCHON *(Secamente.)* ¿Qué?

DELFINA Que estos días ha perdido bastante dinero al «pocker» y ayer le prometí una pequeña cantidad. Y puesto que vamos a liquidar definitivamente el pasado... *(Le tiende la mano.)*

PONCHON *(Ponchon sacando su cartera.)* ¿Cuánto?

DELFINA Quinientos... Le advierto a usted que éste es un préstamo nada más.

PONCHON ¡Ya, como los otros!

DELFINA Hortensia me lo devolverá todo de una vez. Cuando le entreguen la herencia de su tía.

PONCHON ¡Si su tía se murió hace diez años y no la dejó ni un céntimo!

DELFINA Pero eso no es culpa de Hortensia.

PONCHON ¡Ya! Ni de usted tampoco. Aquí tiene los cinco billetes, que son los últimos. Hágaselo comprender así.

DELFINA Probaré. *(Ponchon se va por la derecha.)* *(Pausa.)* ¡Qué simpático es este Ponchon!

ESCENA VI

DELFINA y HORTENSIA

HORTENSIA — *(Entrando rápidamente.)* Hola, monina.

DELFINA — *(Con frialdad.)* Hola, Hortensia.

HORTENSIA — Cada día estás más guapa.

DELFINA — Hablemos de otra cosa. Ante todo, aquí tienes lo que has venido a buscar. *(Dándole los billetes.)*

HORTENSIA — Gracias. *(Los cuenta.)*

DELFINA — Sí, si, quinientos, no los des más vueltas.

HORTENSIA — ¿No te causa ninguna molestia el dármelos?

DELFINA — No. Unicamente te advierto que no cuentes más conmigo para estas cosas.

HORTENSIA — Si no te agrada, prefiero devolverte el dinero. Pero me parece que con las garantías que te doy...

DELFINA — *(Riéndose.)* Sí, la tía que se te murió hace diez años sin dejarte un céntimo.

HORTENSIA — Eso te lo ha contado Ponchon, y tú seguramente le has hecho caso.

DELFINA — No, mujer, no. Te lo digo en broma. Tú ya sabes que el dinero a mí... me importa poco. Y ahora una gran noticia. Hortensia, apóyate en algo para no caerte. ¡Voy a casarme!

HORTENSIA — ¡Ah! *(Con indiferencia.)*

DELFINA — ¿Es ese todo el efecto que te produce la noticia? ¿Oyes, que Delfina, esta loca de Delfina, da un paso tan serio para terminar con su vida estrambótica y tú permaneces impertérrita?

HORTENSIA — Si he de decir la verdad, siempre pensé que tú acabarías malamente; vamos, quiero decir... casándote. En fin, haces bien.

DELFINA — ¿De modo que tú apruebas mi determinación?

HORTENSIA Desde luego, sobre todo por Luisa.

DELFINA Por ella, precisamente, es por la que me sacrifico.

HORTENSIA Es lógico: Luisa ha llegado a una edad en que podría dolerse de tus excentricidades. Te doy mi enhorabuena. Supongo que tu futuro tendrá mucho dinero.

DELFINA Sí, su situación es próspera; al menos, eso creo yo.

HORTENSIA ¿Creo yo? ¿Crees nada más? ¡Eres única! Él dinero hace que muchas cosas sean tolerables y no deja ver los defectos: La edad, pongo por caso.

DELFINA ¿La edad? No te comprendo.

HORTENSIA Mujer, quiero decir que él no está en la primera juventud precisamente.

DELFINA ¿Quién?

HORTENSIA ¡Ponchon!

DELFINA ¿Ponchon? ¿Y qué tiene que ver Ponchon con todo esto?

HORTENSIA ¿Pero no es con él con quien te casas?

DELFINA ¿Yo casarme con Ponchon? ¿Pero tú estás loca?

HORTENSIA Pues yo así lo supuse, porque como entra en tu casa desde hace tantos años...

DELFINA Viene aquí porque es el tutor y el padrino de Luisa. Me parece que es una cosa bien natural. Ponchon es un antiguo amigo de esta casa y yo le estimo infinitamente. ¿Pero de eso a casarme con él? ¡Oh, no, gracias! ¿Qué te he hecho yo? Te he hablado de sacrificio, pero no de expiación.

HORTENSIA Entonces, ¿quién es él?

DELFINA Adivínalo. Como la cosa no es oficial todavía, me permitirás que me reserve el nombre.

HORTENSIA ¿Discreciones conmigo? Haces mal. Porque como la gente murmurará de lo que vas a hacer, yo podría salir en defensa tuya.

DELFINA Eso no me preocupa.

HORTENSIA Por lo menos, podría aconsejarte.

DELFINA Mira, a propósito de consejo. Yo voy a darte uno. Vete. Este es el momento más indicado.

HORTENSIA ¡ Ah ! ¿Me echas?

DELFINA Sí, tengo que hacer. Además, vas a seguir lisonjeándome sobre mi futuro estado civil, y me molestan los cumplimientos.

HORTENSIA Bueno, bueno, me voy. Espero que cuando la noticia sea oficial me la comuniques.

DELFINA Puedes estar tranquila. Serás la primera en saberlo.

HORTENSIA Pues hasta pronto entonces.

DELFINA Eso es, hasta pronto. *(Va hasta la puerta del foro detrás de Hortensia y luego se dirige hacia la derecha, deslizándose con un paso de baile sobre la la alfombra.)* ¡ Qué contenta estoy !

ESCENA VII

LUISA y ROBERTO

ROBERTO *(Desde la puerta del foro.)* Me ha dicho la doncella que quería usted hablarme.

DELFINA Sí, pase usted. ¿Qué tal? *(Dándole la mano.)*

ROBERTO Muy bien. A usted no le pregunto por su salud porque no hay más que verla. ¡ Buen susto le ha hecho usted pasar a Luisa ! Estaba muy inquieta por su tardanza; como que yo mismo llegue a preocuparme.

DELFINA Es verdad, perdóneme. Le molestaron a usted por mi culpa. Creo que hasta fué usted a la Comisaría. Debió ser divertido. ¡ Qué cara debió poner el comisario !

ROBERTO Como que se echó a reir, diciéndome: «Caballero, en muchas ocasiones han reclamado mi auxilio para indagar el paradero de hijas que habían desaparecido de casa de

sus madres; pero esta es la primera vez que ocurre lo contrario, que una hija ignora dónde está su mamá.

DELFINA Confiese usted que Luisa me ha puesto un poco en ridículo.

ROBERTO ¡Es que la quiere a usted tanto!

DELFINA Quién lo duda. Pero es algo molesto para mí estar siempre vigilada, como si una fuera una colegiala y por quien es casi una criatura todavía. Felizmente, todo va a transformarse, porque acabo de tomar una resolución que cambiará por completo mi vida. Y precisamente acerca de este asunto quisiera tener con usted una conversación muy seria.

ROBERTO ¡Muy seria! Me va a parecer raro, porque como siempre usted y yo hablamos en broma...

DELFINA Pues ahora va usted a ver cómo esta loca de Delfina, cuando llega la ocasión, sabe hablar muy formalmente. Escuche usted. *(Le indica que tome asiento frente a ella.)* Roberto, hace seis meses, poco más o menos, que nos conocimos. ¿Dónde? No lo sé, pero probablemente en casa de algunos amigos.

ROBERTO No, señora. Nos conocimos en un «dancing» de la «rue» Caumartin, donde tuve el honor...

DELFINA *(Rápidamente.)* Ah, sí, ya recuerdo. Marel me hizo su presentación. Bailamos aquella noche un fox-trot y un vals. Aquel vals que dice:

Tra la... tra la... la... No, no era esto.

Pero, en fin, no tiene importancia. Recuerdo que después de este vals, quedó usted invitado para ir al día siguiente a mi casa a tomar una taza de te. ¿No fué así?

ROBERTO Justamente. Y lo que son las cosas; después de aquel vals, que se titulaba «Vacilación», usted, sin vacilar, tomó aquella resolución tan inmediata.

DELFINA ¿A qué negarlo? Usted me fué muy simpático. Al día siguiente, vino usted a tomar el te con nosotros. Le presenté a mi hija y desde entonces es usted asiduo de la casa.

ROBERTO Es verdad.

DELFINA Y he notado que desde hace algún tiempo usted no nos abandona nunca, usted acompaña a Luisa a sus partidos de tennis, me acompaña usted a mí al teatro, a los tes de moda, usted nos bombardea de atenciones y nos colma de obsequios; en una palabra, es preciso reconocer que hay alguna persona en esta casa que ha producido en usted una impresión profunda y duradera, alguna persona a la que usted adora y de la que espera ser estimulado para decidirse a hacer una petición concreta, terminante. ¿Me he equivocado?

ROBERTO No, señora. Y si hay algún error por parte de usted, es acerca de la razón de mi sentimiento, que es mucho más y mejor que el amor mismo.

DELFINA ¡Diablo!

ROBERTO Sí, la persona a quien usted se refiere ha llegado a ser algo indispensable para mi existencia, y yo no veo otra felicidad para mí que hacer de esa mujer la compañera de toda mi vida.

DELFINA Muy bien. Eso es hablar claramente. Ahora me toca a mí responderle con la misma franqueza. Mi querido Roberto: No le ocultaré que en este handicap amoroso no suponía quién pudiera ser el vencedor; pero usted ha tomado francamente la cuerda, y en cuanto a mí, yo estoy dispuesta a ayudarle con todo entusiasmo para que llegue usted a la meta el primero. ¡Hop la!

ROBERTO ¡Ah, señora! ¿Cómo expresarle a usted mi agradecimiento? Estoy loco de alegría. Permítame usted que le de un abrazo.

DELFINA No. Modérese. Eso es correr demasiado.

Piense que yo no soy sola la que ha de decidir. Usted mismo ha de contar con su familia.

ROBERTO — No tengo más que un tío que me adora y que será el primero en alegrarse de mi felicidad. Esta misma mañana ha salido para Pau. Voy a escribirle, y en cuanto vuelva...

DELFINA — Bien, ya estamos tranquilos por ese lado. Ahora queda mi hija. Usted sabe cómo nos queremos las dos. Yo no puedo resolver nada sin su formal consentimiento. *(Llama en el timbre.)*

ROBERTO — Eso es naturalísimo. Hable usted con ella.

DELFINA — Voy a llamarla. *(A Julieta que entra.)* Diga usted a la señorita que venga.

JULIETA — Bien, señora. *(Mutis.)*

DELFINA — Y si, como yo espero, la respuesta es favorable, nosotros señalaremos esta misma tarde la fecha de nuestro matrimonio.

ROBERTO — *(Estupefacto.)* ¿De nuestro matrimonio?

DELFINA — Sí. Nos casaremos lo más pronto posible, puesto que ya estamos de acuerdo.

ROBERTO — ¡Dios mío de mi vida! Pero...

DELFINA — *(Advirtiendo su actitud embarazosa.)* ¿Qué le pasa a usted, Roberto? ¿Está usted emocionado?

ROBERTO — Sí, comprenda usted... la alegría... la sorpresa. Y después, la idea de que voy a hablar con Luisa... de... de...

DELFINA — *(Alegremente.)* No sea usted chiquillo... Usted ya conoce a mi hija, una personita muy seria, muy grave, pero de eso a tenerla miedo... Además, por ciertas confidencias que tengo, sé que está dispuesta a decir que sí.

ROBERTO — Eso ya sería el colmo.

DELFINA — *(Al ver abrirse la puerta de la izquierda.)* Ahora mismo sabrá usted a qué atenerse. Aquí está.

ESCENA VIII

DICHOS y LUISA

LUISA — ¿Me has llamado, mamá?

DELFINA — Sí. Roberto tiene que hacerte en nombre mío una petición. ¿Puedes dedicarle unos minutos?

LUISA — *(Sonriente.)* Con mucho gusto.

DELFINA — El asunto nos interesa a las dos. Nuestra mutua felicidad está en juego. Les dejo a ustedes. *(Mutis derecha.)*

LUISA — *(Después de una pausa, decidiéndose la primera.)* Bueno, Roberto, ya estoy dispuesta a oirle.

ROBERTO — *(Sin sentarse al ofrecimiento de Luisa. Ella se sienta.)* Es que yo, Luisa... Luisa... es que yo no estoy en este momento en situación de hablar a usted.

LUISA — ¿Por qué no? Pues si precisamente cuando estamos solos es cuando tiene usted más ganas de hablar.

ROBERTO — Sí, sí... Pero hoy... ahora...

LUISA — ¿Qué le ocurre a usted?

ROBERTO — ¿Qué, qué me ocurre? Luisa, ¿No le ha caído a usted nunca un tiesto en la cabeza?

LUISA — *(Riéndose.)* ¿Un tiesto? No; yo creo que no.

ROBERTO — Pues es un golpe tan terrible, que le deja a uno seco instantáneamente. Y eso mismo me acaba de suceder a mí.

LUISA — ¿Cómo? ¿A usted le ha caído?... *(Ríe.)*

ROBERTO — Sí; pero conste que hablo en sentido figurado... Acabo de recibir uno de esos golpes, y lo que tengo que decirle no es cosa fácil. Por eso, si balbuceo al hablarla, no la extrañe.

LUISA — Bueno, le echaremos la culpa al tiesto.

ROBERTO — Eso es. Gracias, Luisa. Y allá va. Conste que la idea es de su madre.

LUISA (*Levantándose.*) ¡Ay, Dios mío! Me da usted miedo. Porque cuando mamá se decide a tener una idea...

ROBERTO Le aseguro a usted que ésta es definitiva.

LUISA ¿Y qué es ello?

ROBERTO Su mamá quiere casarme.

LUISA ¿Con quién?

ROBERTO Con... ella.

LUISA (*Estupefacta.*) ¿Cómo? ¿Que mamá quiere casarse con usted?

ROBERTO Acaba de decírmelo hace un momento.

LUISA (*Sonriendo.*) ¿Y usted lo ha tomado en serio? (*Riendo a carcajadas.*) Decididamente, amigo Roberto, el tiesto que le ha caído a usted en la cabeza le ha trastornado el juicio.

ROBERTO ¿Pero se ríe usted?...

LUISA (*Sin dejar de reir.*) Y hay motivo para ello. Se lo aseguro. ¿Pero usted no conoce a mamá? MAMA ES ASI. Mamá es la alegría en persona. Ella ha querido divertirse a costa de usted y eso es todo.

ROBERTO (*Un poco vejado.*) ¡Ah, lo que es eso!...

LUISA Lo que ella va a reirse cuando sepa que usted ha tomado la cosa en serio...

ROBERTO ¿Que se reirá? (*Cayendo sobre una butaca y respirando a pleno pulmón.*) ¡Uf! Ahora me siento mejor. Tenía un peso sobre mi alma...

LUISA Porque mamá es encantadora.

ROBERTO Eso es verdad.

LUISA Usted debía sentir que esa boda no fuera cierta. No había por qué compadecerle.

ROBERTO Claro que no. ¡Pero como yo no estoy enamorado de ella!...

LUISA (*Con malicia.*) Haga usted un esfuerzo. ¡Quién sabe! El amor ya vendrá...

ROBERTO (*Levantándose.*) ¡Ah, no! Eso es imposible. Quiero a otra. (*Mirándola con amor.*) Yo estoy enamorado de una deliciosa criatura.

LUISA Pues entonces no hay duda, con quien se

debe usted casar es con ella, puesto que la quiere.

ROBERTO Es que nunca la dije nada en serio.

LUISA ¿Y ella se ha enterado?

ROBERTO Creo que no.

LUISA Entonces es una tonta que no merece esa felicidad.

ROBERTO Al contrario. Ella es muy inteligente y muy sagaz. Y eso mismo es lo que me da un poco de miedo. Porque si ella ha adivinado mis sentimientos, acaso no esté dispuesta a compartirlos, porque de haberlos adivinado me lo hubiera hecho comprender.

LUISA *(Bajando los ojos.)* ¿Quizá usted no haya sabido verlo Supondrá usted que es muy vergonzoso para ella dar los primeros pasos. *(Dando unos pasitos hacia Roberto.)*

ROBERTO Claro...

LUISA Y usted debía ayudarla un poco... acaso si usted le hiciera una pregunta... ella no tendría más que responder. Eso sería lo más fácil.

ROBERTO *(Decidiéndose después de una ligera vacilación.)* Luisa, la quiero a usted con toda mi alma: deje sus manecitas *(Cogiéndole las manos.)* entre las mías y yo seré profundamente feliz.

LUISA No tanto como yo.

ROBERTO *(Abrazándola.)* ¡Luisa! Alma mía... mujercita adorada. *(Estrechándola contra él.)*

ESCENA FINAL

DICHOS, DELFINA y PONCHON

DELFINA *(Por la derecha y deteniéndose estupefacta.)* ¿Qué es eso? *(Roberto y Luisa se separan un poco avergonzados. Delfina se*

vuelve hacia Ponchon, interrogándole con la mirada. Ponchon sonríe.)

PONCHON Ya lo ve usted. El asunto marcha maravillosamente.

DELFINA ¿Sí? ¿Qué le parece a usted mi hija? ¡Pues no me ha quitado el novio? ¡Y yo que me había creído! ¡Qué plancha! *(Ríe.)*

LUISA *(Riéndose.)* Voy a explicártelo, mamá. Roberto me quiere desde hace tiempo. Y ahora acaba de decírmelo. Cuando tú has entrado y nos has visto, yo iba a responderle.

DELFINA Sí, sí, ya lo he visto. Y usted, Ponchon, ¿qué dice a todo esto?

PONCHON Yo digo, querida amiga, que cuando dos jóvenes se quieren y llegan a decírselo— esto ya pasaba en la época de Luis Felipe—, la cosa acaba generalmente en matrimonio.

DELFINA Sí, sí, es una solución. *(A Luisa, con su buen humor habitual.)* Hijita, puesto que estáis de acuerdo, a qué aguardas para venir a abrazarme.

LUISA *(Arrojándose en brazos de su madre.)* ¡Mamá!

PONCHON ¡Eh! Un momento. Vais muy de prisa. ¿Y el tío de Roberto? ¿Olvidan ustedes que Roberto depende de su tío? Lo primero que se necesita es su consentimiento.

ROBERTO Ese ya lo tengo.

DELFINA No, no. Ponchon tiene razón. Usted le escribe hoy mismo. Y me enseña usted la carta.

ROBERTO ¿Por qué?

DELFINA Porque ya le conozco, y tiene usted un modo de hacer los encargos...

TELON



ACTO SEGUNDO

En el Palace Hotel de Dieppe. Galería que da al mar y que se prolonga a derecha e izquierda. En primer término derecha, una puerta, y en segundo término izquierda, otra puerta que comunica con la portería del hotel. A la izquierda primer término, puerta en forma de arco que da entrada al interior del hotel. Muebles de junco muy elegantes. Muchos tiestos por toda partes.

ESCENA PRIMERA

MAREL, VERNON, el PORTERO y después DELFINA, que vestirá un elegante kimono de baño.

(Al levantarse el telón, el Portero está poniendo en orden los muebles.)

VERNON — *(Foro derecha.)* Ya verás cómo llegamos tarde.

MAREL — ¡Bah! Con Delfina siempre está uno seguro de llegar a tiempo. Diga, portero. ¿La señora de Laverne, está?

PORTERO — ¿La señora de Laverne?

VERNON — Sí. Una mujer muy guapa que hay en este hotel. Usted debe conocerla.

PORTERO — ¡Que si la conozco!... Como que no pueden ustedes figurarse lo que me da que hacer. Nunca está cuando vienen a verla; pero en el preciso momento de marcharse los que preguntan, se presenta ella. Apuesto cualquier cosa a que ahora no está.

MAREL — Bueno; pues entérese para que estemos seguros. Y si, por casualidad, se encuentra en su habitación, dígale que están aquí los señores Vernon y Marel.

PORTERO — Voy allá. *(Mutis portería.)*

VERNON — Otro más que se desespera por ella.

MAREL — Sí; pero éste no ha tenido nunca nada que esperar. Mírala, aquí viene. *(Viendo a Delfina que llega por la izquierda.)*

DELFINA — *(Yendo hacia ellos.)* Hola, señores, ¿qué tal? *(Dándoles la mano.)* ¿Hace mucho tiempo que aguardaban ustedes?

MAREL — No, acabamos de llegar.

PORTERO — *(Sin ver a Delfina.)* La señora de Laverne no se halla en el hotel. *(Reparando en ella.)* ¡Ah, sí! Ahí está. Nada, con esta señora nunca hay manera de acertar.

DELFINA — *(Riéndose.)* Como que mientras usted telefoneaba venía yo hacia aquí.

PORTERO — Bueno, ya veremos la próxima vez. *(Se vuelve a la portería.)*

DELFINA — El portero y yo estamos jugando siempre al ratón y al gato. Qué hermoso está hoy el mar, ¿verdad?

VERNON — Soberbio; un poco alborotado.

DELFINA — Mejor; así se nada con más brío. Y ahora vámonos de prisa, antes de que vengan, porque hoy estoy muy vigilada.

MAREL — *(Señalando a Luisa, que viene por la izquierda.)* Su hija llega.

DELFINA — ¿Lo ven ustedes?

VERNON — ¡Qué contrariedad!

ESCENA II

DICHOS y LUISA

LUISA ¡Ah! ¿Estás aquí? Ustedes perdonen, señores; tengo que decirle dos palabras a mi madre. *(Los dos amigos se inclinan y se separan.)*

DELFINA *(Hacia ellos y en voz baja.)* Bajen ustedes a la playa, que yo estaré allí dentro de diez minutos. *(Marel y Vernon se van por el fondo.)*

LUISA Pero mamá... ¿No habías prometido?...

DELFINA *(Atajándola.)* Es que se ofrecieron para acompañarme a la playa...

LUISA Mamá, no eres razonable. Ya sabes que Roberto fué a la estación a esperar a su tío y que el Conde puede llegar de un momento a otro.

DELFINA ¿Y eso qué importa? Ya le veré luego. Además, no creo que pueda molestarle a ese viejo fósil con antiparras, que yo practique mis ejercicios de natación.

LUISA ¿Pero de dónde sacas tú que lleva antiparras?

DELFINA Por lo que me ha dicho Roberto. Un hombre así, de tan estrecha moral, tiene que ser corto de vista necesariamente.

LUISA No bromées, mamá, te lo suplico. Se trata de una cosa seria. Imagínate lo que podría pensar de ti el Conde de Estrang si te viera en la playa acompañada por esos dos muchachos y con un traje...

DELFINA ¿Qué tiene mi traje de baño para escandalizar a nadie?

LUISA Que lo encuentro un poco audaz... tan ceñido...

DELFINA Mejor; así se nada más a gusto.

LUISA ¿Qué dirías tú si yo me exhibiera con un traje semejante.

DELFINA — No es lo mismo, hijita.

LUISA — Pues debería serlo.

DELFINA — ¿Sabes lo que te digo? Que mientras no protesten los peces...

LUISA — Mamá, decididamente, nunca serás seria.

DELFINA — ¿Para qué? ¿No lo eres tú por las dos?

LUISA — ¿Y tú crees que a mí eso me divierte? ¿Tú no ves que estoy deseando arrojar esta máscara que me sofoca, que tengo sed de vivir, de respirar, de decir y de hacer todas las locuras propias de mis años, de ser joven, en una palabra, porque no lo he sido nunca, mamá. Piensa en eso.

DELFINA — ¿Y no te lo he reprochado yo cincuenta millones de veces?...

LUISA — ¿Pero es que podía serlo? No era preciso que en nuestra casa hubiera una persona razonable que se ocupara de tomar cuantas decisiones incumbieran al mejor gobierno de nuestros asuntos? Fué necesario que todo esto recayese sobre mí, ya que tú no querías preocuparte de ello. Pero es hora de que esto cambie y de que cada cual recobre su puesto. Yo me pregunto con angustia, lo que va a ser de ti cuando yo me case, cuando no me tengas en tu compañía, para vigilar tus actos, a veces demasiado fantásticos.

DELFINA — No te preocupes de eso, chiquilla.

LUISA — Mamá, no puedo remediarlo. Y supongo lo que estás pensando en este momento y lo que te quema los labios por no poder decir: ¡Qué cosa tan insoportable es la familia!

DELFINA — ¿Y cómo sabes tú que yo pienso de esa manera? *(Riendo.)*

LUISA — *(Riendo también.)* Porque es lo mismo que se me ocurriría a mí si estuviese en tu lugar.

DELFINA — ¿Lo ves?

LUISA — Pero diciéndolo yo sería una muchacha caprichosa y mal educada. No estaría en mi

papel, como tampoco tú estás en el tuyo, que, además, no sabes cuál es.

DELFINA (*Herida.*) Luisa...

LUISA (*Abrazándola.*) Compadéceme, mamá. Yo siento por tí el amor más profundo y más sincero; tú me has mimado siempre con ternura infinita, demasiado acaso, porque no me pusiste nunca, y en ello hiciste mal, una cara seria. Mira, hasta el nombre que te doy de mamá bonita, ya ves si es encantador, ¡mamá bonita!, pues me parece que es el que le daría la hermana pequeña a la mayor jugando a las muñecas. Y eso parecemos nosotras, dos hermanas unidas, cierto, estrechamente unidas, pero no madre e hija. Una madre no es sólo el ser que nos adora; debe dirigirnos también y protegernos. Y regañarnos algunas veces. Es alguien, en fin, a quien uno quiere con todas sus fuerzas, pero que al mismo tiempo nos inspira un poco de miedo.

DELFINA Eso es precisamente lo que quise evitar. Yo no he buscado en tí más que tu cariño, no tu respeto, ni tu obediencia. Y si te he mimado mucho, es porque la vida nos fué fácil y tu felicidad nunca estuvo amenazada; pero si alguna vez lo estuviera, ya verías cómo sabría defenderte, porque tú podrás reconvenirme por ciertas genialidades mías, pero no tienes derecho para dudar de mi corazón.

LUISA Mamá, yo no te censuro. Yo lo que busco es el modo de decirte... pero no quiero causarte la pena más leve, y si te hablé con alguna dureza...

DELFINA Sí, hija mía. Me has dicho unas cosas...

LUISA Que no las pensaba, puedes creerlo. Es una lección que he querido darte para que sepas cómo debes hablarme y proceder conmigo de hoy en adelante.

DELFINA Será difícil. En fin, probaremos si tú quie-

res. Yo me doy cuenta de que tienes razón y de que no te dí siempre los mejores ejemplos, bien mirado, porque tú no los necesitabas. Por más que algo de culpa tienes tú también. ¿Por qué me has educado tan mal?

LUISA (*Riendo.*) Pero mamá!...

DELFINA ¡Claro! Al ocupar tú mi puesto en la casa, debistes hacerlo mejor que yo. ¿Estás segura de que así fué? No, señorita, no; tú también me has mimado; nunca me hiciste una observación; todo han sido sonrisas, disculpas para mis extravagancias, y por toda reprimenda besos, muchos besos. Con este terrible castigo, podía yo suponer que tú no fueras completamente feliz. Has debido hace tiempo hablarme como me hablas ahora. Yo imaginé que el papel que te había repartido era de tu gusto; pero, por lo visto, es una carga. Está bien; la tomaré sobre mis hombros. Para complacerte, renuncio a bañarme; subiré a mi habitación y archivaré para siempre este traje de baño que tanto te alarma. Te habrás dado cuenta de que he comprendido lo que pretendías.

LUISA ¡Qué vas a comprender, mamá! ¿Ahora resulta que me obedeces? Esto es desolador.

DELFINA ¡Pero qué quieres que haga, hija mía!

LUISA Pues mandarme a paseo con una frase que afirme tu autoridad.

DELFINA ¿Mi autoridad? Luisa, me mareas, y acabaré por perder la cabeza. Ya tengo bastante con Ponchon, para aburrirme con sus sermones de moral, y si tú das en imitarle, estoy perdida. Es curioso el horror instintivo que sentís los dos por todo lo que es alegría. Está bien, ¿queréis que cambie de carácter? Pues voy a ser otra; pero lo vais a sentir mucho. No os podéis figurar lo trágicamente lúgubre que se vuelve una loca cuando recobra la razón. Desde ma-

ñana me pondré a bordar zapatillas, me colocaré una cofia como las abuelitas, y dentro de unos meses tendré la cara llena de arrugas, ya lo veréis.

LUISA ¿Y cómo lo conseguirás? *(Riendo.)*

DELFINA Pues pintándomelas. Y vete ya con la música a otra parte.

LUISA ¡Muy bonita frase para una mamá; una frase que inspira temor y respeto! ¡Y si vieras la cara que has puesto para decírmelo! ¡Como para morirse de risa!

DELFINA ¿Es así como tomas mis buenas determinaciones?

LUISA No, mamá, renuncio a ello. Tú no podrás imponerte nunca a nadie. No está en tu manera de ser. Y, sin embargo, hace un instante me diste verdaderamente miedo.

DELFINA ¿Cuándo?

LUISA Cuando me amenazaste con ponerte esa cofia y con pintarte arrugas. Eso te lo prohibo terminantemente. *(Acariciándola y abrazándola.)* Así no serías tú, y estoy muy orgullosa de como eres. Quiero que seas siempre mi mamá; pero con una condición, que no dejes de ser nunca mamá bonita.

DELFINA Eres un ángel. *(Súbitamente.)* ¿De modo que puedo ir a bañarme?

LUISA Sí; hoy, todavía sí, porque estás rabiando por hacerlo. *(Alegremente.)* Vete a bañar, hijita mía, te doy permiso.

DELFINA Gracias, mamaíta. *(Va a salir y tropieza con Ponchon, que llega.)*

ESCENA III

DICHOS y PONCHON; luego ROBERTO y el PORTERO

PONCHON — ¿Se va usted?

DELFINA — Sí, a la playa; me han autorizado para que me bañe.

PONCHON — ¿Pero y el Conde?

DELFINA — Arregle usted eso con Luisa. Yo tengo permiso para irme. *(Mutis.)*

PONCHON — *(Siguiéndola con la vista.)* ¡Cuándo será alguna vez razonable!

LUISA — Nunca, MAMÁ ES ASI y será siempre lo mismo.

PONCHON — Todavía nos están reservadas muchas sorpresas. *(Va a la portería y entrega una carta al portero.)*

LUISA — ¿Qué le deja usted al portero del hotel?

PONCHON — Le dejo una carta para Hortensia. La he contestado en nombre de tu madre, y esta vez creo que se hará cargo de su contenido.

LUISA — ¿Le niega usted lo que pedía?

PONCHON — En redondo. Se ha cerrado la caja.

ROBERTO — *(Por el foro izquierda, dirigiéndose a la portería.)* ¿La señora de Laverne está?

PORTERO — No, señor; como no esté en la escalera...

ROBERTO — ¿En la escalera?

PORTERO — Es que a veces es el sitio más seguro para encontrarla.

PONCHON — ¡Pero si es Roberto! ¿Qué hay, amigo?

ROBERTO — Hola, señor Ponchon. Buenos días, Luisa. Mi tío debe haber perdido el tren.

PONCHON — ¡Ah!

ROBERTO — Porque vengo de la estación y no le he visto. Me choca mucho.

LUISA — ¡Qué contrariedad!

ROBERTO — Sí que lo es.

PONCHON — No hay que sentirlo tanto.

LUISA ¿Cómo que no?

PONCHON Claro. Porque habría sido muy sensible que al llegar el Conde no hubiera encontrado aquí a tu madre con nosotros.

ROBERTO Tiene usted razón. De esta primera entrevista dependen muchas cosas. Tu madre es encantadora, Luisa; pero no conociéndola se la juzga mal, y, en cambio, cuando se la ve y se la oye hablar, conquista a todo el mundo.

LUISA *(Sonriendo.)* Así es.

ROBERTO Y eso quisiera yo, que tan buen efecto se produjera en seguida. Sin esa buena impresión, les confieso a ustedes que tengo un poco de miedo.

LUISA *(Fingiendo asustarse.)* Entonces tu tío es un hombre temible.

ROBERTO Al contrario; es un hombre encantador, muy alegre y muy *chic*, de una bondad sin límites...

LUISA Entonces...

ROBERTO Como la mayoría de los hombres que han vivido mucho, es tolerante y comprensivo; pero, en cambio, acerca de ciertas particularidades, sus ideas son de una extrema rigidez. En algunos casos, como las amistades, por ejemplo, su criterio es absolutamente irreducible. Y no me negarás que tu madre se trata con alguna gente poco... recomendable, ¿verdad, amigo Ponchon?

PONCHON ¡A quién se lo dice usted!

LUISA Os alarmáis sin razón. Claro que mamá no ha sido muy escrupulosa para seleccionar sus amistades; pero ya sabéis el cariño que me tiene, y os aseguro que desde hoy en adelante procederá con más tino para elegirlas. Ayer mismo nos lo ha prometido formalmente.

PONCHON Lo prometió; ¿pero sabrá cumplirlo?

LUISA *(Con aire de reproche.)* ¡Ponchon! *(En este momento entra el Conde por el foro.)*

ESCENA IV

DICHOS y EL CONDE

CONDE — *(Al Portero.)* ¿El señor de Estrang?

ROBERTO — *(Volviendo la cabeza vivamente.)* ¡Tío! *(Corre hacia él.)*

CONDE — *(Con efusión.)* ¡Sobrino del alma! Qué alegría tengo.

ROBERTO — ¿Pues y yo? ¿Pero cómo es que?...

CONDE — *(Atajándole sonriente.)* ¿Que no me has encontrado en la estación cuando has ido a esperarme? Porque supongo que habrás ido a esperarme.

ROBERTO — Claro que sí.

CONDE — Pues es muy sencillo. Llegué anoche, y como había perdido la carta con tu dirección, me fuí al Hotel de la Playa, donde he sabido esta mañana que estabas aquí al leer en un periódico los nombres de los viajeros recién llegados. ¿Pero qué haces que no me presentas?

ROBERTO — El Conde de Estrang, mi tío, la señorita de Laverne...

CONDE — *(Inclinándose.)* Señorita...

LUISA — Caballero...

ROBERTO — El señor Ponchon.

PONCHON — Un antiguo amigo de la casa y padrino de Luisa.

CONDE — Caballero... *(Nuevos saludos.)* Señorita, encantado de conocerla. Mi sobrino me había hecho de usted en sus cartas los mayores elogios, pintándola de tal manera, que, sin necesidad de esta presentación, la hubiera reconocido a usted en seguida.

LUISA — Muchas gracias; pero temo que ese retrato tan lisonjero que Roberto ha hecho de mí, obedecerá al mucho cariño que me tiene. Claro es que yo haré todo lo posible para que no sufra usted una decepción.

CONDE — Estoy persuadido de lo contrario. Pero no veo a su señora madre. Tendré un gran placer en ofrecerla mis respetos.

PONCHON — La señora de Laverne no se encuentra en el hotel en este momento, pero no creo que tarde.

LUISA — En cuanto venga le diremos que ha llegado usted. Y ahora, como tendrá que hablar con Roberto, con su permiso subiremos a nuestras habitaciones. Caballero...

CONDE — Señorita... *(Le da la mano a Ponchon y éste hace mutis con Luisa por la izquierda.)*

ESCENA V

EL CONDE y ROBERTO

CONDE — *(Muy alegre.)* Bien, Roberto. Veo con gusto que tienes el aire de un hombre feliz y satisfecho.

ROBERTO — Y usted también. Por supuesto, tío, que se instalará aquí con nosotros. Voy a telefonear a su hotel para que traigan el equipaje.

CONDE — No. Si he ido al Hotel de la Playa, es precisamente para no hospedarme aquí.

ROBERTO — ¡Ah! Entonces, usted sabía...

CONDE — Claro, hombre. Eres un inocente. No se extravió tal carta. Fué un pretexto. Yo he venido a Dieppe para ver y observar a mi gusto, libremente. Ya supondrás que me asombré un poco al conocer tus proyectos matrimoniales.

ROBERTO — *(Sinceramente.)* ¿Por qué?

CONDE — Porque para tomar tú por tu cuenta una resolución tan grave, me pareces demasiado joven en todos los conceptos.

ROBERTO — Yo creía haberle demostrado que siempre supe ser un hombre serio.

CONDE — ¿Serio? Y ahora salimos con que te quieres casar.

ROBERTO — Tío, hay que decidirse alguna vez. La vida debe tener un fin.

CONDE — ¿Antes de haberla comenzado? Como quieras. De todos modos, comprenderás mi sorpresa. Además, te casas con una muchacha que yo no conozco, que no es de nuestro mundo y esto me da miedo. El matrimonio, para mí, es una cosa muy seria; por eso me dije: «Voy a enterarme con mis propios ojos.» He abreviado mi estancia en Pau y aquí me tienes.

ROBERTO — Tío, le aseguro que sus temores...

CONDE — ¿Son quiméricos? Mejor. Siendo así, no tienes por qué preocuparte. *(Con cierto aire de duda.)* Mi querido Roberto, tú no conoces a las mujeres. Yo... sí. No hay que creer demasiado en lo que ellas nos hacen ver, y se debe desconfiar de lo que ponen mucho cuidado en ocultarnos.

ROBERTO — *(Incrédulo.)* Esa es una teoría.

CONDE — Muy sólida. Un ejemplo: Hace un momento, al venir hacia aquí, me detuve en la playa. Es una vieja costumbre de pirata femenino. Era la hora del baño y he visto entrar en el agua a una mujer como a mí me gustan. Un verdadero «pura sangre». Joven, sin serlo mucho; idealmente rubia, manos y pies de muñeca y con una garganta... ¡qué preciosa garganta!

ROBERTO — Vamos, una estatua helénica.

CONDE — ¡Qué estatua!... Una mujer de carne mórbida y turgente, con ese suave tinte que da la sangre corriendo a flor de piel. Te aseguro que al verla, he creído que yo tenía veinte años.

ROBERTO — Cuidado, tío, que sube la marea. Le veo a usted muy mar adentro.

CONDE — No te preocupes, que sé nadar muy bien. Y si yo hubiera venido aquí solamente para asuntos personales, te aseguro que a

esa mujer la seguiría muy de cerca. Lástima que no se le pudiera ver bien la cara porque casi se la tapaba el sombrero. En conclusión, que no debe ser bonita, porque si lo fuera la mostraría con orgullo, como exhibe todo lo demás. Esas son las mujeres.

ROBERTO Ciertas mujeres. Además, usted habla desde un punto de vista exclusivamente plástico.

CONDE Es el único que debe tomarse en consideración. La parte moral es como el forro y no se ve. Y ahora, dame algunos detalles acerca de tu futura familia. Ese señor Ponchon, ¿qué intervención tiene?

ROBERTO Es padrino y tutor de Luisa; es una excelente persona.

CONDE Ya lo veremos. En cuanto a la muchacha...

ROBERTO ¿Verdad que es encantadora?

CONDE Desde luego, me ha impresionado favorablemente. Es muy bonita.

ROBERTO *(Entusiasmado.)* ¡Preciosa!

CONDE Y supongo que lo seguirá siendo. ¿Y la madre?

ROBERTO ¿La señora de Laverne?

CONDE Sí. Eso es muy importante. ¿Quién es y cómo es la madre?

ROBERTO Una mujer como a usted le gustan, tío.

CONDE ¿De veras? Muy simpática.

ROBERTO Sí, señor. Vivaracha, jovial y además muy guapa.

CONDE *(Sorprendido.)* ¿A pesar de tener una hija de esa edad? Mejor; esa es una garantía para tí.

ROBERTO ¿Para mí?

CONDE Es claro... Si la mayoría de los que van a casarse se preocuparan de mirar a su suegra la víspera del matrimonio y pensaran: Así será mi mujer dentro de unos años, se evitarían muchas decepciones... vitalicias.

ROBERTO Es usted un ironista implacable.

CONDE No soy más que un observador documen-

tado. Y volviendo a la señora de Laverne, lo mejor será que la espere aquí. Si tú tienes algo que hacer, quedas en libertad.

ROBERTO Luisa me ha hecho algunos encargos.

CONDE Pues anda, ve a hacerlos.

ROBERTO Iré antes un momento a mi cuarto. Hasta ahora mismo. *(Medio mutis por el primer término derecha.)*

CONDE Oye, espera. *(Cogiéndole del brazo.)* Si pasas por Telégrafos... *(El resto de la frase se pierde entre bastidores, porque los dos hacen mutis.)*

ESCENA VI

DELFINA, MAREL, VERNON, el PORTERO y luego el CONDE

DELFINA *(Entrando por el foro, escoltada por Marel y Vernon.)* El agua estaba deliciosa. *(Al Portero.)* ¿Ha preguntado alguien por mí?

PORTERO *(Dándole el correo.)* Sí, señora. No han hecho otra cosa en toda la mañana. Aquí tiene el correo.

DELFINA Bien. Voy a mi cuarto, y avíseme allí si viene alguien.

PORTERO Así lo haré.

DELFINA *(Yendo junto a sus amigos.* Cuánta gente en la playa, ¿verdad? Y qué éxito he tenido, ¿han visto ustedes? *(Pausa.)* Hoy he dado mi último adiós al mar.

VERNON Ha sido una bonita despedida.

MAREL ¿Pero eso es de veras?

DELFINA Así se lo he prometido a Luisa. Ella no quiere que siga haciendo la vida que hice hasta hoy, y forzoso es resignarse. Hay que ser mujer seria. Luisa va a casarse.

VERNON — Eso no querrá decir que no volveremos a verla.

DELFINA — No lo sé. Tampoco está bien que vayan ustedes siempre cosidos a mi falda.

MAREL — ¿Pero qué vamos a hacer sin usted? Yo, sobre todo.

DELFINA — ¡Bah! Usted se dedicará a hacerle la corte a Juanita. Precisamente ella lo está deseando.

VERNON — ¿Y yo qué haré?

DELFINA — ¿Usted? Hortensia es tan simpática...

VERNON — ¡Oh, no! Gracias.

MAREL — Le advierto que si esa decisión suya es firme y dura mucho tiempo, en buen día me verá usted colgado debajo de su balcón.

DELFINA — ¿Usted colgado? ¡Como no sea del cuello de mi doncella!...

MAREL — Siempre está usted de buen humor.

DELFINA — Y ahora vuélvanse a la playa; pero en seguidita, vamos, vamos...

VERNON — Pero...

DELFINA — Ahora mismo, ahora mismo. *(Los empuja hacia el foro y habla unos instantes con ellos, hasta que hacen mutis. Delfina vuelve a escena, mirando las cartas que lleva en la mano, cayéndosele una. El Conde, que sale al mismo tiempo, por la derecha, la recoge del suelo y se la entrega con una sonrisa.)*

CONDE — *(Con un grito de asombro.)* ¡Oh! ¡Qué sorpresa!

DELFINA — *(Igualmente.)* ¿Usted?

CONDE — *(Halagado.)* ¿Cómo? ¿Me reconoce?

DELFINA — *(Jovialmente.)* Naturalmente. ¿No me ha reconocido usted también?

CONDE — En mí, se comprende. La misma mañana que salí de París tuve la suerte inesperada, de que sin conocerla a usted, contemplase su despertar en el comedor del café de París, donde estuvo con sus amigos. Conservar ese recuerdo es muy fácil tratándose de una mujer bonita. Yo, en cam-

bio, no tengo los mismos títulos para que se me recuerde.

DELFINA — Es usted muy modesto. *(Mirándole y echándose a reir.)*

CONDE — Y usted una mujer absolutamente excepcional.

DELFINA — ¡Es curioso! Me ha visto dos veces en su vida y ya para usted estoy catalogada y hasta con la etiqueta puesta.

CONDE — Como una mujer excepcional, lo repito. Yo soy hombre de buen gusto. Puedo ufanarme de ello.

DELFINA — ¿De veras?

CONDE — Voy a demostrárselo. Hace dos minutos, señora, que estoy contemplándola, y desde el primer momento he adivinado que es usted la misma mujer que admiré hace un cuarto de hora paseándose por la playa con un traje de baño de seda azul claro. ¿Me equivoco?

DELFINA — *(Con buen humor.)* No, señor. Esa era yo, en efecto.

CONDE — Mi enhorabuena. Estaba usted guapísima.

DELFINA — Sí, podía pasar. *(Con coquetería.)*

CONDE — Yo, fiel a mi teoría, hubiera apostado que su cara, que no me era posible distinguir, no era bonita.

DELFINA — *(Con aire divertido.)* ¿Y habría usted ganado la apuesta?

CONDE — Reconozco que me equivoqué; pero la excepción confirma la regla. Qué labios tan bonitos y qué ojos tan seductores.

DELFINA — Es usted muy galante.

CONDE — Y usted una diosa.

DELFINA — *(Con ironía.)* Prodiga usted las galanterías lo mismo que se reparten prospectos por la calle. *(Levantándose.)* Y siento tener que marcharme, porque tendría curiosidad de saber hasta dónde llegaba usted con sus elogios.

CONDE — Mucho menos lejos que donde usted con sus seducciones.

DELFINA (*Fingiendo asustarse.*) ¡Diablo! Esto ya va siendo peligroso. Me voy. (*Hace medio mutis.*)

CONDE (*Deteniéndola con un gesto.*) ¿Y por qué tan pronto?

DELFINA Me esperan, de veras que me esperan.

CONDE Un instante, sólo un instante, se lo ruego. El tiempo preciso para retener fervorosamente su imagen.

DELFINA (*Vacilando, pero muy halagada.*) ¿Un momento? Sea como usted quiere. (*Se sienta, y mientras arregla los pliegues de su capa, tararea con música de «Manón».)*

Deja que admire yo.

CONDE ¡Qué linda voz tiene usted! (*Sentándose junto a ella.*) ¿Le gusta a usted «Manón»?

DELFINA ¡Cómo no ha de gustarme! Está en ella tan bien representada la mujer de todos los tiempos... Avida de sensaciones, curiosa de placeres, y, como todas nosotras, sedientas de ser admiradas, sólo que ella hizo mal en tomar en serio cuantos elogios la prodigaban.

CONDE ¿Por qué?

DELFINA Porque desde que el mundo es mundo, lo que más dicen los hombres es aquello que menos piensan.

CONDE (*Severamente.*) Hay hombres sinceros.

DELFINA Y usted lo es, ¿verdad?

CONDE (*Sincero.*) ¡Si yo le dijera que no he sentido nunca cerca de ninguna mujer lo que junto a usted siento! Hasta el extremo de estar ya esclavizado.

DELFINA ¿Así, de pronto? ¡Pam!, como un relámpago.

CONDE Sí, sí, como un relámpago.

DELFINA Caballero, estoy un poco fatigada de oir siempre lo mismo.

CONDE Ingrata. (*Muy decidido se acerca a Delfina y ella retrocede.*) ¿Por qué se retira usted? Usted es demasiado inteligente pa-

ra tener prejuicios sobre el amor prohibido. ¿Usted cree en el azar?

DELFINA (*Asombrada.*) ¿El azar?

CONDE Hablo de uno de esos azares como el que nos ha reunido a los dos. Porque es extraordinario que la última persona que vi al marcharme de París, haya sido la primera que he encontrado al llegar a Dieppe. Y las dos veces en condiciones bien especiales. Esta casualidad ha producido en mí una impresión irresistible. ¿No ve usted en esto una especie de atracción misteriosa, una simpatía mutua de nuestras almas?

DELFINA (*Risueña.*) Nada de eso. No veo más que un conjunto de circunstancias muy curiosas. En cuanto a la impresión producida, creo simplemente que en usted es habitual con todas las mujeres.

CONDE Pero esta vez fué un poco más viva si usted me lo permite.

DELFINA Conforme. (*Levantándose.*) Pero de eso a que exista una atracción misteriosa...

CONDE (*Levantándose también.*) Es usted de una incredulidad...

DELFINA Y de una clarividencia...

CONDE Sea. No insisto. Le doy infinitas gracias por haberme escuchado.

DELFINA Eso sí. Su conversación me ha divertido mucho.

CONDE Entonces, ¿me permite usted que la vuelva a ver?

DELFINA (*Muy graciosa.*) Con mucho gusto. El día de hoy, lo tengo dedicado a la familia; pero esta noche podrá usted verme en el salón de baile, porque supongo que usted bailará todavía.

CONDE He bailado. Hoy, el «fox-trot» y el «shymy» no me van. Yo estoy aún en el vals, en ese torbellino gracioso, embriagador, que hacía enloquecer tantas cabecitas...

DELFINA Yo también he conocido esa embriaguez y

no me disgustaría volver a sentirla. Entonces, hasta la noche *(Con malicia.)* en que perderemos la cabeza, caballero... *(Mutis izquierda.)*

CONDE — Señora... *(Inclinándose. Mirando cómo se aleja. Pausa.)* Esta mujer me haría cometer muchas locuras. *(Dirigiéndose hacia la portería.)* ¿Está la señora de Laverne?

PORTERO — ¡Otra vez! Sí, señor. Al menos, me ha dicho que estaba, pero no se lo aseguro, porque con esta señora nunca hay modo de saber nada con certeza.

CONDE — ¿Quiere usted decirla por teléfono que el Conde de Estran está aquí a su disposición? La verdad es que esta señora no demuestra mucho interés por verme, y eso me extraña. *(Se sienta a la derecha y lee los periódicos.)*

ESCENA VII

EL CONDE, VERNON, MAREL, JUANITA, PORTERO y luego HORTENSIA

MAREL — Le repito, Juanita, que está usted preciosa.

JUANITA — Gracias y basta de requiebros. Les participo que estoy muerta de sed.

VERNON — Diga, portero, ¿podrían servirnos una naranjada?

PORTERO — Tiene usted que ir al bar. La terraza está reservada para los huéspedes del hotel.

VERNON — Se lo agradecería tanto... *(Sacando un billete del bolsillo.)* Tres naranjadas. *(El portero se guarda el billete y sale.)* Al soborno no hay quien se resista.

JUANITA — Y Delfina, ¿dónde está? Hoy nos ha dejado plantados.

MAREL — Nos deja para siempre.

JUANITA — ¿Es posible?

VERNON — La señora de Laverne pasa a la reserva.

(Movimiento del Conde, que, a partir de este momento, presta, sin parecerlo, la mayor atención a lo que dicen.)

MAREL Otros dicen que va a meterse monja.

JUANITA Cuando piensa retirarse del mundo, mala señal. Por eso me hace usted a mí la corte ahora.

MAREL ¡Juanita!

JUANITA No, hijo mío, no. Delfina no me perdonaría nunca la conquista de su favorito. Por más que no sé cuál de ustedes dos lo es.

VERNON Yo creo que ni uno ni otro.

JUANITA Acaso los dos.

MAREL Sería demasiado.

JUANITA No vayan ustedes a creer que Ponchon es el único.

VERNON *(Riéndose.)* ¿También complica usted a Ponchon en este asunto?

MAREL Todo es verosímil.

VERNON No digáis locuras.

JUANITA ¿Pero en qué planeta vive usted? Todo el mundo lo sabe. *(Hortensia, que también ha entrado por el foro, va a la portería, donde ha recogido una carta que se pone a leer.)*

MAREL *(Reparando en Hortensia.)* Aquí le llegan a usted refuerzos.

VERNON ¡Ah, sí! Hortensia. *(Llamándola.)* Hortensia.

HORTENSIA *(Volviéndose y yendo hacia ellos.)* Hola, ¿qué tal? *(Cambian saludos.)* ¿Se hablaba de mí?

MAREL Sí... A propósito de Delfina. Usted es amiga suya, ¿verdad?

HORTENSIA Ya lo creo... Su mejor amiga.

MAREL Pues entonces, defiéndala contra lo que dice Juanita. Asegura que Delfina tiene relaciones con Ponchon.

HORTENSIA No es ella la única que lo dice.

JUANITA ¿Eh? ¿Qué les parece a ustedes?

HORTENSIA Ahora, que yo no lo creo. Sin embargo, hay que tener en cuenta que Delfina, sola-

mente con sus recursos, no podría sostener el tren de vida que lleva.

JUANITA ¿Qué tal?

HORTENSIA Y hay que conocer a Ponchon. Tiene demasiado apego a su dinero para darlo así como así, platónicamente.

JUANITA Tienes razón. Pero eso no impide para que ella case bien a su hija, porque el sobrino del Conde de Estran está enamoradísimo de la muchacha.

MAREL Y que se trata de un joven riquísimo y con un tío mucho más rico, al que heredará.

HORTENSIA ¿Pero el tío consentirá en esa boda?

JUANITA Claro que sí. Delfina es muy lista.

HORTENSIA Evidente; pero, según dicen, el Conde es un hombre que conoce muy bien la vida.

JUANITA No le sucede como al pobre Roberto.

HORTENSIA ¿No saben ustedes que Delfina creyó por un instante que se casaría con él?

JUANITA Es posible, pero Roberto prefirió la hija.

MAREL En su caso, yo hubiera preferido a la madre.

JUANITA ¡Vicioso!

VERNON Señores, ¿no les parece a ustedes ya demasiada murmuración? Me apena oirles hablar así.

JUANITA Dice usted bien. A mí tampoco me gusta oir hablar mal de las mujeres.

MAREL *(A Vernon.)* ¿Lo ves? Juanita es un ángel.

JUANITA *(Levantándose.)* Me voy. ¿Me acompaña usted, Marel?

MAREL Con mucho gusto. En la playa estoy, Vernon. *(Mutis de Juanita con Marel.)* *(Hortensia saca la carta de su bolso y la lee otra vez.)*

HORTENSIA Delfina se excusa. Me las pagará.

VERNON *(Que vuelve del fondo.)* Hortensia.

HORTENSIA *(Levantándose y ocultando la carta.)* ¿Qué? Me había usted asustado.

VERNON Hortensia, estoy a punto de enamorarme de usted.

HORTENSIA Es broma, ¿verdad? Pues yo estoy de muy mal humor.

VERNON — Mejor, así está usted más apetitosa.

HORTENSIA — ¡Imbécil! *(Se va furiosa, por el foro.)*

VERNON — No se enfade usted. *(Haciendo mutis detrás de ella.)* No hay que tomar las cosas tan en serio.

ESCENA VIII

EL CONDE y ROBERTO

CONDE — *(Levantándose y siguiéndoles con los ojos.)* ¡Mi pobre Roberto!

ROBERTO — *(Entrando por la izquierda y corriendo hacia su tío.)* ¡Tío! ¿Ha visto usted ya a la señora de Laverne?

CONDE — No, no la he visto ni la veré.

ROBERTO — *(Asombrado.)* ¿Por qué?

CONDE — Sería inútil. He tomado mi determinación.

ROBERTO — ¿Cuál es?

CONDE — *(Esforzándose por hablar en broma.)* Supongo que lo de tu matrimonio no ha sido más que una broma muy pesada.

ROBERTO — *(Indignado.)* ¡Tío!

CONDE — No tomes la cosa en trágico. Te aseguro que no vale la pena. Han abusado de tu juventud y de tu lealtad. No eres el primero a quien le pasa eso. Estás en una situación un poco falsa, y lo mejor es salir de ella lo más pronto posible, con un gesto elegante, antes de llegar al ridículo. Nada de escenas violentas. Dispón tu equipaje y vámonos.

ROBERTO — ¿Irnos? Usted habla así porque su corazón nada tiene que ver en este asunto.

CONDE — ¿Tú lo crees? Pues te engañas. ¿Te acuerdas de la bañista de que te hablé hace un momento y que me bastó verla para que me conquistase? Pues acabo de hablar con ella, y mi primera impresión se ha avivado de tal modo, que estoy seguro de que al irme

dejo detrás de mí la más deliciosa aventura. Y, sin embargo, no dudo en marcharme.

ROBERTO — Permítame que le diga que las dos cosas no tienen la menor relación. Usted renuncia a un capricho, a una fantasía, agradable, sin duda, pero pasajera, y lo que usted me pide es que sacrifique la felicidad de toda mi vida.

CONDE — *(Emocionado.)* Voy a darte las razones en que me apoyo para oponerme a esa boda. La señora de Laverne, no es una mujer honorable.

ROBERTO — Eso es falso.

CONDE — *(Firmemente.)* Lo que acabo de oir acerca de su conducta y de sus medios de existencia, no me dejan duda alguna sobre el particular.

ROBERTO — *(Violento.)* Esa es una calumnia indigna.

CONDE — Así lo creí al principio; pero las afirmaciones hechas delante de mí han sido tan concretas, que he tenido que rendirme a la verdad. El papel del señor Ponchon, por ejemplo, es demasiado enigmático para no estar perfectamente claro.

ROBERTO — ¿El señor Ponchon? ¡Si usted le conociera!... Y, además, aunque así fuese, yo no me caso con Delfina.

CONDE — *(Impacientándose ligeramente.)* Permíteme que te diga que las gentes de nuestra clase se casan siempre un poco con la familia de la mujer. ¿Y sabes lo que dicen de Delfina? Suponen, nada menos, que ella pensó en casarse contigo.

ROBERTO — *(Avergonzado.)* Ya le explicaré a usted, tío... Eso fué un error.

CONDE — ¿Un error? Esa mujer es una aventurera, que primero ha intentado ver si caías en sus propias redes y ahora quiere casarte con su hija. ¿No ves bien claro el móvil que le guía? Pues es muy sencillo: apoderarse a toda costa de tu nombre y de tu fortuna.

ROBERTO (*Con gran energía.*) La señora de Laverne es incapaz de proceder así, y en cuanto a Luisa, le aseguro, tío, que es ajena a todo. Luisa, a la que amo con toda mi alma, a la que quiero hacer mi esposa...

CONDE (*Un poca sombrío.*) Cuidado, Roberto. No has pensado en las consecuencias que pudiera tener esa obstinación tuya.

ROBERTO (*Resuelto.*) No cederé ante las amenazas. Y ya puede usted desheredarme, tío, porque mi resolución es irrevocable.

CONDE (*Dolorosamente sorprendido.*) Es muy doloroso lo que acabas de pensar. ¿Por qué dices que yo te amenazo? ¿Es que alguna vez he usado contigo esos procedimientos? Yo creí haber sido siempre para tí un buen camarada, muy indulgente en todos los momentos y muy afectuoso; pero si tú te casas contra mi voluntad, yo no podré asistir a tu boda, y nuestras futuras relaciones se quebrantarán probablemente. Nos veríamos muy poco; ¡acaso nunca!, y por mi parte yo te aseguro que ésto sería muy doloroso para mí.

ROBERTO (*Emocionado.*) ¡Tío!

CONDE Te juro que eso es lo que he querido decirte únicamente. Eso y nada más... ¡Y el que tú hayas supuesto otra cosa, sobre todo al mezclar una cuestión puramente sentimental con yo no sé qué feas complicaciones de dinero, ha sido para mí una pena muy grande.

ROBERTO (*Sinceramente.*) Perdón, tío, perdón. No sé cómo pude decir... pero qué quiere usted; ante la idea de perder a Luisa, me vuelvo loco.

CONDE (*Cogiéndole la mano con emoción.*) Eres un chiquillo. Escúchame bien, Roberto. Me aflige el destrozarte el corazón, pero yo te juro por mi honor que debes renunciar a estos proyectos. (*Roberto hace ademán de interrumpirle.*) No, no me respondas en

seguida. Tú y yo estamos en este momento en un estado de nervios que no nos permite ver con claridad las cosas. Seguiríamos discutiendo inútilmente. Voy a dar una vuelta por la playa y volveré dentro de unos minutos para saber tu decisión. Reflexiona y procura convencerte de que debes obedecerme. Te lo ruego, te lo suplico. *(Roberto se deja caer sobre una silla y el Conde le mira con emoción, volviendo la cabeza.)* Vamos, vamos, hasta ahora. *(Vase emocionadísimo hacia el foro. Roberto se queda anonadado con los ojos fijos en el suelo.)*

ESCENA IX

'OBERTO, LUISA y PONCHON

LUISA — *(Saliendo con Ponchon por la derecha y reparando en Roberto.)* Ya estás aquí, Roberto. *(Yendo hacia él.)* ¿Qué haces?

ROBERTO — *(Levantando la cabeza.)* ¿Luisa?

LUISA — Mamá baja ahora mismo. Está guapísima; se ha puesto un vestido que la sienta muy bien, ¿verdad, Ponchon?

PONCHON — Eso no hay que decirlo. Todo le sienta divinamente. *(Frotándose las manos.)*

LUISA — Y tu tío, ¿dónde está?

ROBERTO — Acaba de irse.

LUISA — *(Notando su turbación.)* ¿Pero qué es lo que te pasa?... *(Queriendo bromear.)* ¡Ah! ¿Es que te ha caído otro tiesto en la cabeza?

ROBERTO — No te rías. ¡Si supieras lo que me sucede!

LUISA — ¿Qué, qué te ocurre?

ROBERTO — Pues que mi tío no da su consentimiento para nuestra boda.

PONCHON — ¡Vaya por Dios!

LUISA — ¡Eso no es posible!

ROBERTO — Me ha dicho que prepare el equipaje y que me vaya con él.

LUISA — *(Palideciendo.)* ¡Virgen Santa!

ROBERTO — Tranquilízate. Yo te quiero, Luisa, y no me iré. Ya se lo he dicho a mi tío y se lo volveré a repetir. Me casaré contigo aunque él se oponga.

LUISA — *(Moviendo la cabeza.)* No, haríamos mal. ¿Pero por qué se opone? ¿Qué motivos tiene?

ROBERTO — Me avergüenza decírtelo.

LUISA — Tengo derecho a exigirte que me lo digas.

ROBERTO — Pues bien. Mi tío ha oído ciertos comentarios injuriosos para la... señora de Laverne.

LUISA — *(Con un grito de dolor.)* ¡Mamá!

PONCHON — *(Convencido.)* Era de esperar.

LUISA — ¡Y él los ha creído! Entonces debemos separarnos, Roberto.

ROBERTO — *(Suplicante.)* ¡Luisa!

LUISA — *(Secamente.)* No, ahora soy yo la que rehusa ser tu mujer. Yo no entraré nunca en una familia que no tenga para mi madre la estimación y el respeto que se merece.

ROBERTO — Esa no será tu última palabra.

LUISA — ¡La última!

ROBERTO — *(Amargamente.)* No me quieres.

LUISA — *(Llevándose la mano al corazón.)* ¿Que no, Roberto?

ROBERTO — Perdóname, ¡sufro tanto!...

LUISA — ¡Pues y yo!

PONCHON — *(Yendo hacia Roberto.)* Tienes razón, mi pobrecita Luisa.

ROBERTO — *(Tristemente.)* ¡Usted también, señor Ponchon!

PONCHON — Yo también, sí. Pero no hay que desesperar, no hay que desesperar nunca. Por lo pronto, usted no debe contrariar a su tío. Obedézcale. *(Dulcemente.)* Vaya usted a disponer su equipaje... Y cuente conmigo.

ROBERTO — *(Estrechándole la mano.)* Gracias. *(Dándole la mano a Luisa.)* Entonces, adiós,

Luisa. *(Cubre su mano de besos y se va rápidamente por el foro.)*

PONCHON — *(Emocionado. Acercándose a Luisa, que no se ha movido.)* Por vida de... Pobrecita mía.

LUISA — ¡Ah, padrinito! ¡Qué desgraciada soy!

PONCHON — *(Muy emocionado.)* No, eso no. Ya veremos... Aún puede arreglarse todo. Escúchame. Yo voy a ver al Conde. Hablaré con él.

LUISA — *(Secándose las lágrimas.)* No, padrino, no. Sería inútil. Esto acabó para siempre, para siempre. *(Se va por la izquierda Ponchon, siguiéndola y furioso.)* ¡Esta Delfina endiablada!

ESCENA X

DELFINA y EL CONDE

DELFINA — *(Por la derecha. Viste un traje obscuro y muy sencillo. No lleva ni una joya.)* Así estoy feísima. Pero, en fin... el papelito que me hacen representar. *(Va hacia la portería.)* ¿Ha visto usted salir a mi hija?

PORTERO — La señorita Luisa acaba de entrar en el gabinete de lectura con el señor de Ponchon.

DELFINA — Gracias. Voy a reunirme con ella. *(Se detiene un instante a curiosear un periódico de modas que hay sobre la mesa.)*

CONDE — *(Entrando por el foro y dirigiéndose al Portero.)* ¿Quiere usted decir al señorito Roberto de Estran que está esperándole su tío?

PORTERO — Con mucho gusto, señor. *(Va al teléfono.)*

DELFINA — *(Deteniéndose al oír hablar al Conde.)* ¡Su tío! *(Con gran sorpresa al verle.)* ¡Oh! ¡Cómo! ¿Pero es usted?

CONDE — *(Muy galante.)* Verdaderamente feliz, señora.

DELFINA — Perdón, caballero; una palabra ante todo. ¿Es usted el Conde de Estran?

CONDE — Sí, señora, y debo disculparme por no haberle dicho antes mi nombre.

DELFINA — ¡Qué cosa tan divertida!

CONDE — *(Sorprendido.)* ¿Qué dice usted?

DELFINA — Digo que lo que ocurre es verdaderamente gracioso. ¿Sabe usted por qué me he puesto yo este vestido tan triste?

CONDE — ¿Triste? No me lo parece. Le sienta a usted a maravilla.

DELFINA — No, no se burle. Bastante siento verme metida dentro de él. Debo parecer una suegra de teatro. Pues estoy disfrazada de este modo por su culpa.

CONDE — ¿Por mi culpa?

DELFINA — Por culpa del viejo fósil con gafas.

CONDE — ¿El viejo fósil?

DELFINA — Así es como yo me lo imaginaba a usted. Pero el culpable de todo es Roberto.

CONDE — *(Sin comprender.)* ¿Roberto? ¿Pero usted conoce a mi sobrino?

DELFINA — ¿Cómo que si lo conozco? ¡Es natural! Yo he tenido el mismo olvido que usted. Aún no me he presentado. Yo soy la señora de Laverne.

CONDE — *(Estupefacto.)* ¿La señora de Laverne? ¿Usted es?...

DELFINA — Delfina de Laverne, sí, señor. Ahora le toca a usted asombrarse, ¿verdad?

CONDE — Sí, eso...

DELFINA — Pero me parece que se asombra demasiado, y eso no es lógico.

CONDE — Señora, es tanta mi estupefacción...

DELFINA — Que ha perdido usted el uso de la palabra. Es curioso. A su sobrino le sucede lo mismo. Es una enfermedad de los Estran. Por lo visto, han tenido ustedes un antepasado que se murió de asombro. En fin, voy a explicarle... Usted sabe que su sobri-

no tiene intención de casarse con mi hija. Ayer, al anuncio de la llegada de usted, hubo gran emoción en el *klan* de los Laverne. Se reunió el consejo de familia...

CONDE ¿El consejo de familia?...

DELFINA Sí; mi viejo amigo Ponchon, mi hija... *(El Conde vuelve los ojos y ella se detiene asombrada.)* ¿Qué le pasa a usted? Parece que está usted como avergonzado...

CONDE Un poco.

DELFINA *(Que cree conocer la causa.)* ¿Ah, sí? ¿Por nuestra conversación de hace un momento? Le aseguro a usted que no me acuerdo de ella. Sin embargo, permítame que así, de pasada, le diga que hice muy bien al no tomar en consideración sus propósitos. ¡Buen concepto habría usted formado de mí!

CONDE Por Dios, señora. Mi opinión no ha cambiado. Siempre la encuentro a usted encantadora. Sólo que desde hace un momento han ocurrido ciertas cosas...

DELFINA *(Un poco inquieta.)* Ya presumo de lo que se trata. Algún chismorreo a costa mía, ¿no? *(El Conde baja la cabeza con embarazosa actitud.)* ¿Y qué han podido decirle? ¿Que «flirteaba»? Eso no tiene consecuencias. ¿Le han dicho que tenía un amante? Eso se dice de muchas mujeres, sin ser verdad. Reconozco, eso sí, que las apariencias me han condenado algunas veces; pero usted mismo sabe muy bien a qué atenerse. Recuerde, por ejemplo, lo del Café de París. Y, en fin, ahora mismo, hace un momento, cuando usted me ha hablado... *(Advirtiendo la mayor frialdad en el Conde, ella se detiene bruscamente.)* Decididamente, no es usted el de antes. ¿Es que hay otros motivos?

CONDE *(Decidiéndose.)* Sí, señora. Antes sólo se trataba de mí, de nosotros; pero ahora se trata de mi sobrino Roberto, que lleva mi

nombre y le debo defender contra cualquier desagradable sorpresa.

DELFINA (*Que comienza a ver claro.*) Entonces...

CONDE Usted comprenderá que ese matrimonio...

DELFINA (*Irguiéndose súbitamente y muy pálida.*) No tendrá usted la intención de romperlo.

CONDE Ya está roto, por mi parte.

DELFINA (*Palidísima.*) ¿Que usted?... (*Con dolor infinito.*) ¡Pobrecita mía! (*Con los dientes apretados.*) ¿Y usted es el que ha deshecho esa boda? ¿Y por culpa mía? Usted, que hace un momento me suplicaba que aceptase su amor. ¿Y usted se tiene por un caballero?

CONDE (*Herido en lo vivo.*) ¡Oh, el que lo dudara!...

DELFINA Entonces, ¿cómo se debe calificar su conducta? Acoger sin pruebas todo lo que puede manchar la reputación de una mujer, no es noble ni generoso. Hablemos claro. Usted me ha hecho el honor de encontrarme a su gusto, y como no he querido comprenderlo, ahora quiere vengarse hiriéndome en la persona de mi hija. Mi negativa le cuesta su felicidad. Después de esto, si usted no es un botarate, ¿cómo calificarle?

CONDE (*Dando un paso para marcharse.*) Señora...

DELFINA (*Deteniéndole con el gesto.*) No. No se vaya, se lo ruego. Tiene usted razón; yo me exalto y es inútil. ¿Qué deseo yo? ¿La felicidad de mi hija? Pues para que la logre, yo lo acepto todo, yo me sacrifico. Haga usted de mí lo que quiera con tal de que Roberto se case con Luisa.

CONDE Señora, semejante proposición...

DELFINA ¿No dijo usted que no se deben tener prejuicios acerca del amor prohibido?

CONDE (*Con firmeza.*) Tiene usted una memoria implacable. Es verdad. Pero esa indigna suposición de creerme capaz de vengarme

en la persona de su hija nunca ha cruzado por mi pensamiento.

DELFINA (*Asiéndose a una entreabierta esperanza.*) Sea usted bueno hasta el fin. Piense en la pena, en la amargura, en el dolor de esos muchachos que se quieren.

CONDE (*Dolorido.*) ¡Esos muchachos!

DELFINA (*Acercándose a él y poniendo en su voz una súplica desesperada.*) Consienta usted en ese matrimonio. No es posible que siga oponiéndose todavía.

CONDE (*Con un gesto de vago remordimiento.*) No lo quisiera, no, se lo aseguro.

DELFINA (*Con dulzura infinita.*) ¡Dios mío! ¿Qué hay que hacer para que usted transija? Yo daría mi vida por asegurar la felicidad de mi hija. He llegado hasta ofrecerme a usted en un momento de locura. ¿Qué pensará de mí? Y, sin embargo, eso únicamente debe bastarle a usted para conocerme. Sólo una mujer honrada puede ir tan lejos por amor a su hija.

CONDE Una vez más, señora, se equivoca usted sobre los móviles a que obedece mi conducta. Roberto y yo pertenecemos a un mundo que tiene sus leyes inexorables, y es para mí un deber penoso el acatarlas; pero le repito que es un deber.

DELFINA (*Que se obstina vanamente en luchar contra la resistencia del Conde.*) Sí, ya comprendo. Su decisión es irrevocable. Y cuanto yo pudiera hacer para vencerla, su escepticismo no vería en mis palabras más que el juego, hábilmente combinado, de una intrigante.

CONDE Le juro...

DELFINA (*Violenta.*) En el fondo eso es lo que usted piensa. Para usted, mis súplicas y mi humillación, son comedia; comedia también el dolor de dos criaturas que va usted a separar sin piedad. (*Fuera de sí.*) Puede usted estar satisfecho. Su victoria es comple-

ta, mucho más de lo que podía esperar.

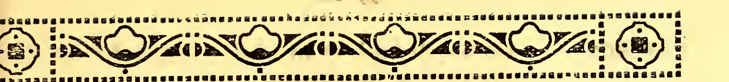
CONDE — ¿Mi victoria?

DELFINA — Gracias a usted viviré con el atroz remordimiento de haber sido la causa de la desgracia de mi hija; gracias a usted, la mujer que aquí entró sonriente y dichosa, se irá desolada para siempre, sintiendo el asco que ha sabido usted inspirarme a mí misma y el desprecio que guarda para usted. *(Se dirige hacia la izquierda.)*

CONDE — *(Emocionado dirigiéndose a ella.)* Señora...

DELFINA — *(Rechazándole con violencia.)* Déjeme. Usted ha cumplido con su deber. Mi hija está ahí llorando. Yo voy a cumplir con el mío! *(Mutis por la derecha, dejando al Conde hondamente perplejo.)*

TELON RAPIDO



ACTO TERCERO

(Un) salón en la «villa» habitada por la señora de Laverne. En la izquierda del fondo, puerta de entrada que recae sobre el jardín. A la derecha, un mirador con las ventanas abiertas.

ESCENA PRIMERA

PONCHON y LUISA

(Al levantarse el telón, Ponchon pasea por la escena con las manos detrás de la espalda. Luego va hacia el ventanal y mira hacia el horizonte. Luisa, entrando de puntillas y tapándole los ojos con sus manos.)

LUISA — ¡Cu-cu! Soy yo, Luisa.

PONCHON — ¿Eres tú, nena?

LUISA — Sí. Le he sorprendido a usted soñando como un colegial delante de la Naturaleza.

PONCHON — Es verdad. Estaba mirando cómo desaparece el sol en el horioznte. Hay algo de emocionante en la contemplación del crepúsculo de un hermoso día.

LUISA — Está usted melancólico.

PONCHON Cosas de mi edad. La melancolía es la alegría de los viejos.

LUISA ¡Pero si está usted muy joven! *(Sentándose.)* Voy a sentarme un poco. ¡Estoy tan cansada!

PONCHON Como que no paras un momento.

LUISA ¡Es que tengo tantas cosas que hacer! Además, la felicidad me ahoga. ¡Ay, Ponchon! ¡Quién me hubiera dicho esto hace ocho días! Cuando usted creyó que todo había acabado con Roberto.

PONCHON ¡Cuánta pena daba verte sufrir!

LUISA Estaba como loca. Y de repente, cambió completo. Roberto que llega radiante de alegría porque su tío, que una hora antes se negaba a nuestra boda, consentía al fin. ¡Qué sorpresa!

PONCHON El Conde había visto a tu madre y su irresistible encanto hizo su efecto, como siempre.

LUISA ¡Mi mamá bonita! ¿Está en casa?

PONCHON No; ha salido con el Conde le Estran.

LUISA Trae loca a mamá. A eso le llama él tener una idea cada día. ¿Cuál ha sido la de hoy?

PONCHON Creo que fueron juntos a coger rosas. *(Mirando el reloj.)* Las siete. Ya no tardarán en volver. Tu madre ahora es la misma exactitud.

LUISA Ya, ya. Es asombroso lo que ha cambiado mamá. No sólo es un modelo de puntualidad, sino que, además, come en casa todos los días, y ha roto con casi todas sus antiguas amistades. Es un milagro.

ROBERTO Como para no reconocerla. Y Roberto, ¿dónde ha ido?

LUISA A buscar su correspondencia. Vendrá dentro de un momento, porque desde el día en que el Conde nos hizo alquilar esta villa, con el pretexto de que en el hotel había demasiada gente, ni Roberto, ni su tío salen de aquí.

PONCHON Y es muy natural.

LUISA En Roberto, sí; pero en su tío... ¿qué viene a hacer aquí?

PONCHON Viene a ser testigo de vuestra felicidad. Es muy bonito ver a dos jóvenes como vosotros en el alegre despertar de su vida. Es como una ventana abierta sobre el porvenir. Yo mismo me asomo muchas veces y eso que el espectáculo no debería alegrarme.

LUISA ¿Por qué?

PONCHON Porque me doy cuenta de que cada día que pasa, te vas alejando un poco de mí.

LUISA ¡Padrino!

PONCHON No, sino me quejo, nena. Te lo digo para que sepas la parte inmensa que tienes en mi cariño. Te he visto nacer; soy casi tu padre adoptivo.

LUISA Lo sé, y también sé que si soy feliz a usted se lo debo.

PONCHON Es posible; pero yo te debo a tí otra cosa, el amar la vida, porque ella te sonríe y tú me quieres. *(Con emoción.)* Tienes que seguir queriéndome un poco, y prométeme que, suceda lo que suceda, de cerca o de lejos, tendrás siempre para mí un sitio en tu corazón.

LUISA El mejor. *(Abrazándole.)*

ESCENA II

DICHOS y ROBERTO

ROBERTO *(Entrando sin ser visto.)* ¡Muy bonita escena!

LUISA *(Falsamente asustada.)* Cuidado, Ponchon, que es muy celoso.

ROBERTO Es verdad. *(Con fingida indignación.)* Y va usted a explicarme ahora mismo...

PONCHON — En vez de una explicación, te autorizo para que tú también la des un abrazo. *(Se abrazan.)* Quererse mucho, hijos míos; amarse con todo el corazón, con toda el alma, que ese es todo el secreto de la felicidad. Cuanto más os queráis, más contento tendréis a vuestro viejo amigo Ponchon.

ROBERTO — Eso se lo garantizamos, porque somos y seremos muy felices; por lo menos, yo.

LUISA — ¡Egoísta! ¿Te has acordado de comprar los billetes para esta noche?

ROBERTO — Mi tío se ha encargado de ello.

PONCHON — ¿Vais al teatro?

LUISA — A oir «Manón». ¿Usted vendrá también, padrino?

PONCHON — ¿Yo? No. Gracias. A mí la música me invita al sueño. Además, que aún no he terminado mis preparativos...

LUISA — ¿Qué preparativos?

PONCHON — Es verdad, que aún no te dije nada. Me voy a París unos días, para asuntos míos.

ROBERTO — ¿En pleno mes de Agosto? ¡Señor Ponchon! Ese viaje es un poco sospechoso.

LUISA — *(Amenazándole con el dedo.)* Dice bien Roberto. Usted, padrino, va a París a divertirse.

PONCHON — ¿Eh? ¿Quién? ¿Yo? ¿Y por qué no? Creo que estoy en mi derecho. Soy libre... Pero no, hijos míos, no estoy en tren de diversiones.

LUISA — No, no se asuste usted, padrinito. *(Riéndose.)*

PONCHON — Os dejo. Voy a preparar mi equipaje, y hasta luego. *(Mutis por el jardín.)*

ESCENA III

LUISA y ROBERTO

ROBERTO — *(Siguiéndole con los ojos.)* ¿No te parece que el pobre Ponchon está un poco triste?

LUISA — Sí. Ha cambiado mucho desde hace pocos días.

ROBERTO — ¿A qué se deberá?

LUISA — ¡Sufre! ¡Tú me has alejado tanto de él!...

ROBERTO — ¡Oh!

LUISA — Qué quieres. Los viejos se acostumbran a ciertos cariños y debe ser muy penoso para ellos ver que se los arrebatan.

ROBERTO — Eso es egoísmo.

LUISA — Es posible... pero si tú tuvieras su edad...

ROBERTO — Gracias; me gusta más la mía.

LUISA — Y a mí también.

ROBERTO — Siento haberle causado esa pena, porque es un señor muy simpático; pero felizmente le queda el cariño de tu madre.

LUISA — Tengo miedo de que no sea por mucho tiempo.

ROBERTO — *(Asombrado.)* ¿Qué quieres decir?

LUISA — ¿No lo adivinas? *(Muy alegre.)* Roberto, decididamente estás muy enamorado.

ROBERTO — Mucho. Y ya sabes tú de quién.

LUISA — Lo sé; pero no sabía que lo estuvieras hasta el punto de no tener noción de las cosas más claras.

ROBERTO — *(Sinceramente.)* Como que estoy en un momento que para mí no existe nada más que tú.

LUISA — Eso te disculpa, porque si no, dudaría hasta de tu inteligencia.

ROBERTO — No te comprendo.

LUISA — Pues eso es lo que te digo, que no comprendes, ni ves siquiera que tu tío es un hombre abominable, que está en vísperas

de cometer el más horrible de los crímenes, el de quitar una madre a su hija, y tengo mis temores de que la víctima haya caído ya en el lazo de ese seductor infernal. Yo conozco a mamá y sé que nunca ha sabido defenderse. *(Todo dicho jovialmente.)*

ROBERTO *(Estupefacto.)* ¡Cómo! Tú crees que tu madre y mi tío...

LUISA Eso salta a los ojos. Desde que estamos aquí no se separan un momento. Se hablan por los rincones, cambian miradas incendiarias... en fin usurpan nuestro puesto. ¿Sabes dónde están ahora los dos miserables?

ROBERTO No.

LUISA Cogiendo rosas, tal vez deshojando una margarita, ¡a su edad! Y mientras nosotros, los jóvenes, estamos ocupándonos de los intereses de la familia.

ROBERTO A mí todo eso me distrae.

LUISA ¿Es así como te indignas ante las acciones de tu tío?

ROBERTO ¿Qué quieres que yo haga?

LUISA Pues hablarle severamente. Luego yo me las entenderé con él para que pida la mano de mi madre y fijemos cuanto antes la fecha de su enlace. Las dos bodas debieran hacerse el mismo día.

ROBERTO Mira, no había pensado en eso.

LUISA Porque a tí no te interesa; pero a mí sí, porque salgo ganando un papá.

ROBERTO Luisa, eres un ángel.

LUISA Y tú muy bueno. *(Se abrazan. Delfina y el Conde, al aparecer por la puerta, los sorprenden. El Conde entra cargado de flores.)*

ESCENA IV

DICHOS, DELFINA y EL CONDE

CONDE — ¡Eh, cuidadito! *(Los dos jóvenes se separan rápidamente y quedan mirándose.)*

DELFINA — Voy a tener que vigilarlos. ¿No te da vergüenza, Luisa?

LUISA — No, señora mamá. Tú eres la que debías ruborizarte por ir siempre acompañada del tío.

DELFINA — ¡Luisa!

LUISA — Mira, Roberto. Ha cortado todas las rosas. Supongo que le regañarás.

ROBERTO — Nada de eso. Déjalos que se diviertan. Son cosas de su edad. ¡Ah, la juventud de hoy!

CONDE — *(Riéndose.)* Calla, bribón.

DELFINA — Decididamente el respeto se ha perdido.

ROBERTO — Luisa, ¿quieres que les imitemos?

LUISA — Sí; ya estamos aquí demás. ¿Vámonos? *(Mutis hacia el foro.)*

DELFINA — ¿Dónde van los enamorados?

LUISA — A ver si han dejado ustedes rosas en los rosales. *(Mutis los dos.)*

ESCENA V

DELFINA y EL CONDE

DELFINA — *(Va y viene colocando rosas en búcaros, operación que el Conde sigue con la vista. Señalando la puerta del foro.)* Qué bonita pareja hacen y qué felices son. Es obra de usted.

CONDE — Y de usted también. Mejor dicho, no. Es la obra de su juventud y de sus ilusiones.

Tienen fe, que es lo importante, para ser felices.

DELFINA Eso es lo que a usted le falta, ¿verdad, señor excéptico?

CONDE Justamente. Yo no soy tan optimista como usted.

DELFINA Si es usted bueno le regalaré una parte de mi optimismo, pero hay que ganarlo, ¿sabe?

CONDE Eso no se gana. Es un don que se tiene, y como usted no carece de ninguno...

DELFINA Gracias. Hace diez minutos que no me dice usted ninguna galantería. Me halaga usted tanto que me voy a poner insoportable. *(Yendo hacia la mesa y cogiendo unas tarjetas que lee.)*

CONDE Alguna visita quizá, que durante su ausencia...

DELFINA Sí, Marel y Vernon, que se lamentan de no verme. A mí me ocurre todo lo contrario.

CONDE Pues siempre no ha dicho usted lo mismo.

DELFINA Claro que no. Cómo que me divertía mucho con ellos. Eran dos camaradas muy simpáticos y muy *chic*. *Esta* noche me consideraré muy orgullosa de presentarme en el teatro del brazo de usted. Voy a ponerme un vestido...

CONDE Que llamará la atención.

DELFINA Eso no me importa; lo esencial es que le agrade a usted. *(Con un mohín picaresco.)* Ahora que si no está contento...

CONDE Iré a contárselo a «Manón».

DELFINA Justamente; a esa locuela de Manón, a la que yo me parezco sin peluca ni «paniers».

CONDE No hay mujer que a usted se le parezca. Usted misma, cambia de un minuto a otro. Su pensamiento es como un espejo de mil facetas, y a él mismo le es imposible retener su imagen, tan voluble y tan diversa es.

DELFINA ¡Todo lo contrario! Si soy la mujer me-

nos complicada del mundo. Si sólo sé decir lo que siento.

CONDE — Pero lo dice usted de una manera que desconcierta un poco.

DELFINA — ¿Porque lo tomo todo a risa? Es verdad. Ese es mi sistema.

CONDE — Pero hay muchas cosas serias en la vida.

DELFINA — *(Súbitamente cambia.)* De esas yo no hablo nunca.

CONDE — *(Un poco enigmático.)* A mí... no... pero a otros...

DELFINA — *(Mirándole asombrada.)* ¿Qué otros? *(El Conde vuelve la cabeza sin responder.)* Está bien, ¡esa es su respuesta! ¡El silencio! Usted sí que es extraño. Ha estado todo el tiempo de buen humor, con una amabilidad excesiva, y de pronto, bruscamente, por una palabra, no sé cuál, se enfurruña usted.

CONDE — Nada de eso.

DELFINA — Pero si lo estoy viendo. Yo hago todo lo que puedo por serle agradable. ¿Hay algo en mí o en torno mío que a usted le disguste? Dígamelo con franqueza. Se lo ruego.

CONDE — *(Decidiéndose.)* Pues bien... *(Adelantándose hacia ella. En este momento entra Hortensia por el foro.)*

ESCENA V

DICHOS y HORTENSIA

HORTENSIA — *(Yendo hacia Delfina.)* ¡Gracias a Dios que te encuentro! *(La besa. Delfina la acoge con frialdad. El Conde no puede reprimir un gesto de mal humor.)* ¿Está usted bien, señor Conde? *(Tendiéndole la mano.)*

CONDE — *(Fríamente.)* Muy bien, señora, gracias.

HORTENSIA — *(Desentendiéndose de la frialdad con que*

es acogida.) ¿Qué es de tí? Nadie te ve por parte alguna.

DELFINA *(Con despego.)* Estoy muy ocupada con la boda de Luisa.

HORTENSIA Pero esa no es una razón para que te recluyas de ese modo. Marel y Vernon han estado hoy a verte. Creo que no les has recibido.

DELFINA No estaba en casa. Al volver he visto sus tarjetas.

HORTENSIA Pues están furiosos, ¿sabes? Y todo el mundo está lo mismo. Hasta ese pobre Ponchón, a quien acabo de encontrarme en el jardín, con un aire tan mustio... *(El Conde reprime un movimiento. Hortensia se vuelve hacia él.)* Estoy segura de quién es el culpable.

CONDE *(Cansado de oirla.)* Con permiso de usted, señora, tengo que ausentarme.

HORTENSIA ¡Ya! Supongo que no se irá usted por causa mía.

CONDE Nada de eso. Es que tengo que ir al Casino para recoger unas localidades. *(A Delfina.)* Hasta luego, mi querida amiga. Volveré a buscarla a las ocho.

DELFINA Está bien. Ya estaré lista para esa hora. *(El Conde saluda con una inclinación de cabeza y se retira.)*

ESCENA VI

DELFINA y HORTENSIA

DELFINA *(Siguiéndole con los ojos.)* Oye, Hortensia, ¿qué le has hecho al Conde?

HORTENSIA ¿Yo? Nada. ¿Por qué me lo preguntas?

DELFINA Porque se ha despedido tan bruscamente, que me ha extrañado. ¿No has visto el gesto que puso cuando entraste?

HORTENSIA Sí que lo he notado. Pero por más que busco no doy con la causa. ¡Oh! Ya sé. Como yo tengo la lengua tan expedita, quizá me haya oído hablar algún día de tus asiduos cortejadores.

DELFINA ¿De Marel y Vernon? ¡Bah! No tienen ninguna importancia. Y, además, ¿eso qué puede preocuparle?

HORTENSIA Mujer, todo el mundo está enterado de que el Conde te hace la corte.

DELFINA No estoy yo muy segura de ello. Pero aunque fuera como tú dices, eso no explicaría...

HORTENSIA Lo explicaría todo. Porque también hablé de Ponchon y esa fué mi plancha.

DELFINA *(Estupefacta.)* ¿Ponchon? ¿Y qué puede haber entre el Conde y Ponchon?

HORTENSIA Una friolera. Entre los dos estás tú. ¿Te parece poco?

DELFINA *(Con firmeza.)* No te comprendo. Te ruego que te expliques más claramente.

HORTENSIA *(Con hipocresía.)* Es que... es una cosa muy delicada. En fin, de los dos, ¿cuál prefieres?

DELFINA Yo qué sé. Me haces unas preguntas... Ponchon es un amigo de toda la vida, un viejo camarada a quien yo quiero mucho. El Conde, evidentemente... en fin, son dos cosas muy distintas.

HORTENSIA Pero tu corazón, ¿por cuál se inclina?

DELFINA Pues... ciertamente no lo sé. Quizá no lo creas.

HORTENSIA A quien se lo tienes que hacer creer es al Conde.

DELFINA De todas maneras, él no puede tener celos de Ponchon.

HORTENSIA Eso depende de lo que Ponchon sea para tí, cosa que yo ignoro.

DELFINA ¿Cómo que tú lo ignoras? Acabo de decírtelo. *(Con una idea súbita.)* Supongo que no te figurarás que es mi amante.

HORTENSIA (*Falsamente avergonzada.*) Eso es lo que dicen por ahí.

DELFINA (*Sobresaltada.*) ¿Que eso es lo que dicen? (*Con loca inquietud.*) ¿Entonces el Conde también supone?...

HORTENSIA ¿El? Creo que está completamente seguro.

DELFINA (*Desconcertada.*) Pero eso es una locura. ¿En qué puede basar el Conde una suposición tan poco verosímil?

HORTENSIA No lo sé. Se habrá informado, aunque no haya sido más que para saber con quién se casa su sobrino, y seguramente conoce tu situación económica.

DELFINA ¿Pero qué tiene que ver mi fortuna con todo esto?

HORTENSIA Es muy posible qe el Conde se pregunte: ¿Cómo es que gastas tú más de lo que tienes? A tí y a tu hija os quedaron, a la muerte de tu marido, unos cien mil francos de renta.

DELFINA Sí, ¿y qué?

HORTENSIA Pues que tú sola gastas mucho más de la renta... Claro, y lo que excede...

DELFINA Y lo que excede, ¿qué?

HORTENSIA Que te lo da Ponchon.

DELFINA (*Encogiéndose de hombros.*) ¡Tú estás loca!

HORTENSIA (*Viéndola abrumada, ella insinúa más su perfidia.*) Cuidado, Delfina. El Conde es un hombre encantador, pero, al parecer, un poco voluble, y hombres como Ponchon hay muy pocos. (*En este momento Ponchon, que va a salir, se detiene para escuchar.*)

DELFINA ¿Qué quieres decir?

HORTENSIA Fíjate en que es un viejo astuto, capaz, antes de irse, de presentar su cuenta.

DELFINA (*Erguida y vibrante.*) ¡Oh!

HORTENSIA A tí no, claro está, sino al Conde, y entonces...

DELFINA Es una infamia todo lo que me estás diciendo.

PONCHON (*Yendo hacia Hortensia.*) ¡Señora!

HORTENSIA (*Intentando sonreir.*) ¿Es usted?...

PONCHON (*Conteniéndose.*) Váyase, váyase inmediatamente, si no...

HORTENSIA Permítame que aguarde a que Delfina me lo diga.

DELFINA (*Asintiendo con la cabeza.*) Vete, Hortensia, vete. Ya has hecho aquí todo el daño que podías hacer.

HORTENSIA Comprendo. (*Rencorosa.*) Después de esto, aunque tú me digas que él no está en su casa...

PONCHON ¡Váyase! (*Imperioso.*)

HORTENSIA (*Yendo hacia la puerta.*) Bien, bien. Haga usted favores a los amigos para que la traten así. (*Ponchon aprieta los puños y Delfina trata de dominar sus nervios.*)

ESCENA VII

DELFINA y PONCHON

DELFINA ¿Ha oído usted?

PONCHON Lo suficiente para comprender que ha sido usted ultrajada. Hace tiempo que la había prevenido contra la perfidia de esa mujer.

DELFINA ¿Y sabe usted también que lo que ella dice encuentra eco en los demás?

PONCHON La calumnia es acogida siempre con placer.

DELFINA Usted me dijo el otro día que mi situación económica no era la misma de antes. ¿Desde cuándo ha cambiado?

PONCHON (*Avergonzado.*) Delfina, eso...

DELFINA Nada de reticencias. ¿Es exacto que usted ha contribuído con su dinero a los gastos de mi casa?

PONCHON Delfina...

DELFINA — ¿De modo que entonces es verdad? Ahora só al fin, por qué el Conde de Estran se oponía al matrimonio de mi hija con Roberto. El también debía creer que usted y yo somos amantes, puesto que vivo a sus expensas...

PONCHON — Eso es una ridícula exageración. Yo la he ayudado a usted un poco, lo confieso; pero aunque la hubiera ayudado más, yo soy el padrino de su hija, y a ella ha de corresponderle algún día toda mi fortuna. De modo que anticiparle algunas cantidades, de las que haya podido usted aprovecharse, no tiene nada de particular. Estaba en mi derecho, ¿no es así?

DELFINA — No, Ponchon, no. Usted ha debido decirme toda la verdad.

PONCHON — ¿Usted cree que era tan fácil decirla?

DELFINA — Nada se lo impedía. Sé que hubiera sufrido un poco.

PONCHON — *(Interrumpiendo.)* Eso es lo que yo no podía permitir, que usted sufriera. ¿Poner un velo de tristeza sobre su indiferencia y su risa? Yo, que he vivido siempre en la dulce cautividad de esta casa, ilusionado por su alegría, ¿cómo decirle a usted nada? Además, ¿me hubiera usted escuchado?

DELFINA — *(Con acento sincero.)* He sido ingrata con usted y además he comprometido la felicidad de todos.

PONCHON — Tranquilícese, Delfina. Su felicidad no está en peligro, y el daño que haya podido causarle mi debilidad va a repararlo mi ausencia de esta casa.

DELFINA — *(Estupefacta.)* ¿Que va usted a marcharse?

PONCHON — Sí. ¿No es la mejor respuesta que se debe dar a la calumnia? ¿Quién puede creer que el hombre que posee su cariño puede renunciar a él sin esfuerzo ninguno?

DELFINA — ¿Usted cree que yo voy a aceptar ese nuevo sacrificio?

PONCHON — Es necesario en absoluto. No sólo porque

usted sea feliz siempre... sino también para que yo no sea completamente desgraciado. Delfina, si yo he tenido para usted todas las atenciones del mundo y también todas las debilidades, no es porque sea un hombre diferente de los demás. Muy lejos de eso, los móviles que han dictado mi conducta son de un egoísmo perfectamente humano. Yo la amaba a usted.

DELFINA *(Con voz muy tenue.)* ¿Usted me amaba?

PONCHON Se asombra, ¿verdad?... Y, sin embargo, ¿hay algo más natural? Usted posee un encanto que alucina a todo el mundo, y usted quería que mi corazón se substrajese a él. Yo fuí el primer enamorado, y con más fuerza que nadie, puesto que nunca tuve la más leve esperanza.

DELFINA Yo no ví nunca nada; no sospeché nunca nada.

PONCHON Los demás tenían las sonrisas de usted, pero yo vivía en el rinconcito cálido de su corazón. Y de pronto, hace días, he comprendido que todo había terminado. Ha venido otro hombre y ha ocupado mi rinconcito.

DELFINA *(Protestando.)* Le juro a usted..

PONCHON *(Enérgico.)* Sí, Delfina. Usted ama. *(Delfina baja la cabeza.)* El... también la quiere. Será usted feliz, y ese es mi deseo más ardiente. Sólo que usted comprenderá que ser testigo de su ventura... con otro hombre, es superior a mis fuerzas. Y por eso me voy.

DELFINA *(Contristada.)* ¡Ponchon!... mi buen Ponchon... mi viejo amigo. Si usted supiera cómo sufro al ver que le causo esta pena...

PONCHON *(Cogiéndole las manos dulcemente.)* No, Delfina; usted no puede causarme ninguna pena. Además, yo no soy tan desgraciado. *(Esforzándose por sonreir.)* Los viejos no son nunca muy desgraciados. Ellos saben que su pena no puede durar mucho.

La mía pasará también. Yo me iré. Usted me dará noticias suyas, y si estoy un poco lejos de usted por la distancia, estaré muy cerca, sí, muy cerca, con toda mi alma...

DELFINA — *(Con una última súplica.)* ¿Y por qué no se queda ahora?

PONCHON — No, Delfina; ahora, no. Déjeme que me vaya sin dolor, tranquilo... y sonriendo. *(Hace mutis por la izquierda, saltándosele las lágrimas. Delfina le sigue con los ojos hasta que desaparece, como si al menor movimiento le fuera a estallar la emoción que trata de dominar. Después quda absorta e inmóvil en sus pensamientos.)*

ESCENA XIII

DELFINA y EL CONDE

CONDE — *(Entrando despacio y dirigiéndose a ella.)* ¿En qué piensa usted, Delfina?

DELFINA — *(Sobresaltada.)* ¡Ah! ¿Es usted?

CONDE — ¿No me esperaba tan pronto? He vuelto para explicarle por qué me fuí tan bruscamente. Podía usted haberlo interpretado mal. Pero estaba con usted una mujer que me desagrada, y no pude reprimir un movimiento de mal humor.

DELFINA — Tiene usted razón. Es una mujer de malos sentimientos; no nos ocupemos de ella. Tengo que hablarle de cosas más importantes.

CONDE — ¿Con qué tono lo dice? ¿Qué le pasa?

DELFINA — Desde que se fué usted he reflexionado mucho, y quiero que me oiga con entera confianza, y, sobre todo, que me crea ciegamente.

CONDE — Se lo prometo.

DELFINA — Si hasta ahora he llevado una vida un poco

loca, no arriesgaba otra cosa que mi reputación. Pero yo valgo más que ella, y por inverosímil que parezca, nadie puede enorgullecerse, sin haber mentido, de haber logrado de mí lo que tantos deseaban. Desde el primer momento en que usted y yo nos hablamos, mi vida cambió por completo.

CONDE ¡Delfina!

DELFINA Sí, sí; fué como una fuerza irresistible. Yo procuré serle agradable, hasta el punto de no reconocerme.

CONDE Yo quisiera darle a usted las gracias, de rodillas, por lo que acaba de decir. Yo también la quiero a usted, bien lo sabe, porque sin estar usted segura de ello, no habría hablado con esa franqueza. Y ya desde hoy en adelante nada puede oponerse a nuestra felicidad.

DELFINA Eso... Hay cerca de mí un hombre que ha adivinado que le quiero a usted y al que este descubrimiento le ha hecho sufrir mucho.

CONDE ¡Ah, sí! El señor Ponchon...

DELFINA ¿Por qué pronuncia usted ese nombre con un mal pensamiento? Usted ha prometido creerme. *(Con fuerza.)* Ponchon no ha sido nunca para mí otra cosa que el más admirable y el más desinteresado de los amigos...

CONDE Entonces, ¿qué razones tiene él ... ¿La amaba a usted?

DELFINA Sí. El me quería, pero... supo callarlo. Es lógigco que, tome yo la resolución que tome, debo estarle siempre agradecida.

CONDE Pero si es el hombre admirable que usted dice, ¿cómo podría exigirle que haga usted el sacrificio de su amor?

DELFINA Piensa tan poco en ello que está decidido a abandonarme para cederle a usted el puesto; pero soy yo la que no puede per-

mitirlo. Eso sería abominable, y no es él quien debe irse. Es...

CONDE — ¿Soy yo? Eso es imposible.

DELFINA — Se lo pido a usted por favor. Váyase, váyase en seguida. Mañana ya sería tarde.

CONDE — ¿Irme? Eso equivaldría a un acto de demencia, y ya imaginará usted que no voy a cometerlo. Además, este afecto y este reconocimiento que usted le debe puede seguir conservándolo. Yo no soy celoso.

DELFINA — No hay motivo para serlo. Olvidémoslo todo... y váyase.

CONDE — Usted vivirá sólo con su hija y con Roberto. Yo también pensé esta casa fuera la mía.

DELFINA — Y lo será. ¡qué duda cabe! No es un destierro eterno el que le impongo. Nosotros nos volveremos a ver, se lo prometo. Primero, en París, el día de la boda; luego... luego se alejará usted por algún tiempo.

CONDE — ¿Y usted cree que esto bastará para que yo la olvide? Cuando yo vuelva, usted seguirá siendo tan encantadora, tan deseable.

DELFINA — Es posible; pero entonces... ya seré abuela. *Mira al Conde con infinita ternura, después inclina la cabeza y se va lentamente hasta la puerta de la derecha, allí se vuelve y mira al Conde con una sonrisa deliciosa y sin marcharse.)*

CONDE — ¡Qué vamos a hacerle! Como dice muy bien su hija: Mamá es así.

TELON



Obras de Luis Gabaldón

La invencible, pasillo cómico-lírico en un acto.
Un modelo, apropósito en un acto y en verso.
La sultana de Marruecos, juguete en un acto.
El espantapájaros, sainete lírico en un acto.
Con las de Caín, zarzuela cómica en un acto.
La romería del alcón, presentimiento cómico-lírico en un acto (segunda edición).
La japonesa, zarzuela cómica en un acto.
El respetable público, revista en un acto.
Yo puse una pica en Flandes, caricatura en un acto del drama *En Flandes se ha puesto el sol* (segunda edición).
Mirando a la Alhambra, cuadro andaluz.
La noche del baile, juguete cómico en un acto.
Arsenio Lupín, comedia en tres actos (agotada).
El panal de miel, farsa cómica en dos actos.
Bridge, comedia en tres actos.
El Diablo, comedia en tres actos.
El segundo marido, vodevil en tres actos (cuarta edición).
Nancy, opereta en tres actos.
Las superhembras, comedia en tres actos (quinta edición).
La melindrosa, sainete lírico en un acto.
El amigo de las mujeres, comedia en tres actos.
Pasa el lobo, drama en tres actos.

¡Que no lo sepa Fernanda!, vodevil en tres actos (sexta edición).

La extraña aventura de Martín Pequet, comedia en cuatro actos.

El tiempo de las cerezas, comedia en tres actos.

El hombre de las diez mujeres, comedia en tres actos.

El convenio de Vergara, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición).

Teresita, comedia en tres actos.

Un hombre encantador, comedia en tres actos.

Nosotros te salvaremos, vodevil en tres actos.

Una mujercita seria, comedia en tres actos. (Segunda edición).

Mamá es así, comedia en tres actos.

La perla azul, comedia en tres actos.

Los hombres guapos, monólogo cómico.

El cabo López, aventuras (agotada).

Palotes, artículos y crónicas (agotada).

La conquista del planeta, novela de viajes (agotada).

Amor, celos y vitriolo, novela cómica (agotada).





OBRAS DE ENRIQUE F. GUTIÉRREZ-ROIG

La modelo, diálogo en escenas (agotada).
Géneros del Reino, revista cómica en un acto.
¡Miedo!..., cuadro de costumbres catalanas.
¡No lo verán tus ojos!, comedia en tres actos.
La noche del baile, juguete cómico en un acto.
Arsenio Lupín, comedia en tres actos (agotada).
Nick Carter, melodrama en seis actos.
El señor Juez, vodevil en cuatro actos.
La loca aventura, comedia en tres actos (cuarta edición).
Los trovadores, comedia lírica en tres actos.
La bella Riseta, opereta en tres actos.
El panal de miel, farsa cómicolírica en dos actos.
La reconquista, vodevil en tres actos (segunda edición).
Bridge, comedia en tres actos.
El Diablo, comedia en tres actos.
El segundo marido, vodevil en tres actos (cuarta edición).
El tiburón, farsa cómica en dos actos.
El grano de arena, vodevil en tres actos.
Las superhembras, comedia en tres actos (quinta edición).
¡Tío de mi vida!, juguete cómico en tres actos.
La melindrosa, sainete lírico en un acto.

El país azul, fantasía cómica en un acto.
El amigo de las mujeres, comedia en tres actos.
Pasa el lobo, drama en tres actos.
¡Que no lo sepa Fernanda!, vodevil en tres actos (sexta edición).
La extraña aventura de Martín Pequét, comedia en cuatro actos.
El tiempo de las cerezas, comedia en tres actos.
El hombre de las diez mujeres, comedia en tres actos.
El convenio de Vergara, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición).
Apaches (Mon homme), drama en tres actos.
Teresita, comedia en tres actos.
Un hombre encantador, comedia en tres actos.
Nosotros te salvaremos, comedia en tres actos.
Una mujercita seria, comedia en tres actos. (Segunda edición).
Después del amor, comedia en cuatro actos.
Mamá es así, comedia en tres actos.
La perla azul, comedia en tres actos.
Los hombres guapos, monólogo cómico.

La antigua Roma, sonetos (agotada).
Cascabeles de oro, poesías (agotada).



Precio: TRES pesetas.